

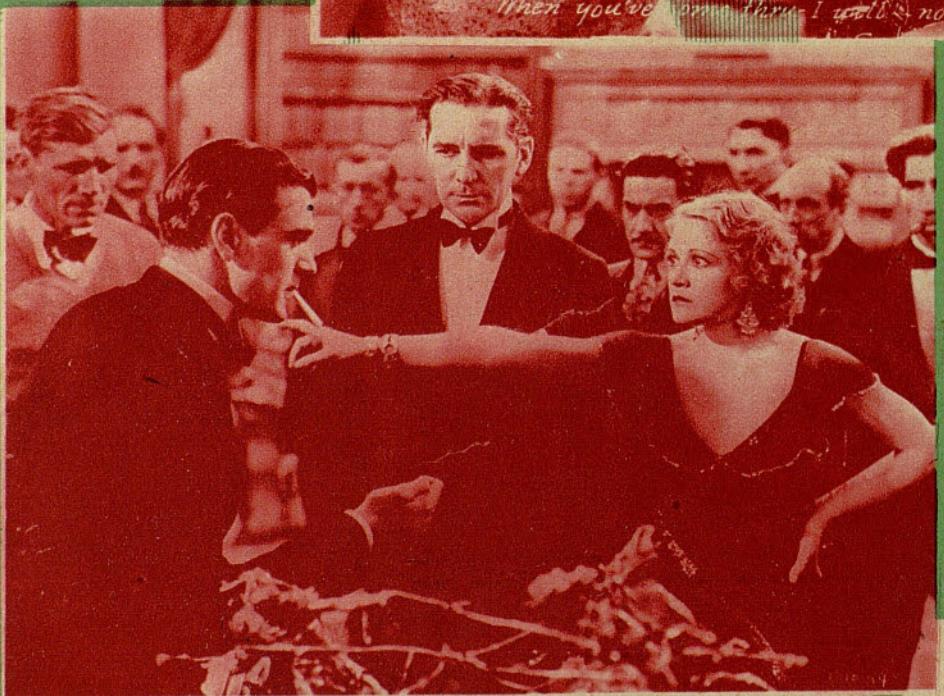
FILMS SELECTOS

Films Selectos
de Catalunya



Edwina Booth y Duncan Renaldo, en una emocionante escena de la película "Trader Horn"

30
Cts.



Tres escenas de la
película Paramount
"Calles de la ciu-
dad", de la que
son protagonistas,
Sylvia Sidney y
Gary Cooper.

FILMS SELECTOS

SEMANARIO
CINEMATOGRÁFICO
ILUSTRADO
DIRECTOR
Tomás G. Larraya



REDACCIÓN
ADMINISTRACIÓN
Diputación 219 Tel. 13022
BARCELONA

DELEGACIÓN EN
MADRID: LIBRERÍA
EL HOGAR Y LA MODA
Calle Valverde, 30 y 32



PRECIOS
DE
SUSCRIPCIÓN

España y Colonias
Tres meses... 375
Seis meses... 750
Un año..... 15.

América y Portugal
Tres meses... 475
Seis meses... 950
Un año..... 19.



CADA
SÁBADO

NÚMERO SUELTO
30
CÉNTIMOS



JUSTICIA HOLLYWOODENSE

(Carta abierta a Lorenzo Conde)

AMIGO Conde: ¡Qué alegría tenerle a usted entre los del gremio del celuloide! No he de ocultarle mi sorpresa cuando por vez primera vi su firma — que, como la mía, tiene apariencia de seudónimo, sin serlo — en la página de honor de nuestro familiar y amado FILMS SELECTOS. ¡Cómo iba yo a imaginar que el eruditó, el latinista, el crítico, el exigente comentarista de Azorín, se adentrara ahora con tal garbo y desembarazo por la senda del arte novísimo! No hace falta que yo le diga cuánto, en este terreno como en los demás, le admiro, y cómo en sus crónicas de FILMS SELECTOS reconozco a un maestro ante quien me descubriría... si estos sombreritos con que la moda de 1931-32 ha tenido a bien obsequiarlos a las mujeres, no fuesen de tan difícil colocación. Me descubro, pues, sólo hipotéticamente... y sigo mi cuento cinematográfico...

Mi cuento es que si todos sus «comentarios cínicos» me han deleitado y hasta entusiasmado, el último, el publicado en el número correspondiente al 31 de octubre de 1931, el titulado, en fin, «¿Qué es Hollywood?» me ha causado un leve resquemor, y hasta puedo decir que algo de pena. Es usted cruel, amigo Conde, con nuestros astros, al juzgar su mentalidad por una sola línea de contestación a una encuesta.

Usted, que es periodista, sabe, también como yo, que la encuesta es el salblazo intelectual moderno. El periódico o revista que no puede obtener o pagar colaboración de un autor famoso, inventa una encuesta, una pregunta dada, y le obliga a publicar gratis un largo artículo en respuesta. Cuando determinado punto de la actualidad resulta demasiado escabroso o indiscreto, por medio de la encuesta se le da salida y se trae a él a todas las personalidades que se reservaron su opinión hasta la fecha. Y en cuanto a la oportunidad, no digamos. En el momento en que tiene uno mayor qué hacer, en que está terminando un libro que el editor ha pedido ya doscientas cuarenta y siete veces, en que le atormenta la jaqueca o el teléfono le reclama, o ha dado cita a la modista, o ha de salir rápidamente para un viaje..., aparece el reporter encargado de la encuesta consabida y le pide, por favor, unas cuartillas. En el noventa y nueve por ciento de los casos, cada cuartilla de contestación encierra por lo menos siete tonterías. ¡Cómo podría ser de otra manera?

Imagine usted, con un poquito de piedad, la situación de nuestros artistas cuando el periodista de tanda fué a preguntarles «¿Qué es Hollywood?». Carole Lombard estaba en el día más dulce de la plenitud de su luna de miel con

el gran William Powell, cuando se le presentó el correspondiente periodista. Su respuesta fué «¡Es colosal!». Y, en verdad, no podemos asegurar que se refiriera a Hollywood al decirlo..., tal vez era a la frescura del intruso, a lo que se refería. Claudette Colbert estaba impresionando «El teniente seductor», con Chevalier. Había de por medio cierto secretillo que la indiscreción de un compañero había convertido en rumor, y por ello su respuesta fué sincera y categórica: «Hollywood es un lugar donde es imposible guardar un secreto.» La anécdota íntima sugestionaba de tal modo, en aquel instante, a la protagonista de «El gran charco», que no pudo prescindir de ella en su respuesta.

Nancy Carroll se había dislocado un pie al bajar de su magnífico Roadster y se hallaba tendida en un diván, rodeada de vendas y de frascos, de cirujanos y masajistas, cuando le dieron el atraco de la encuesta, ¿qué quería usted que contestara? Clara Bow estaba preocupadísima con los chismes de su secretaria. Maurice Chevalier tenía las maletas preparadas para salir camino de París, del amado París de su juventud y su miseria, jamás olvidadas; Kay Francis se encontraba apuradísima, perpleja, asustada, consternada... ante media docena de vestidos que el gran modisto Travis Banton acababa de presentarle para que escogiera uno, y que le gustaban, le entusiasmaban, le atraían todos. Ya ve usted que todas estas situaciones no son las más adecuadas para hacer literatura contestando a una encuesta. Además de que las estrellas no suelen tener, ni necesitan tener nada de literatos para deleitarnos en el cine..., qué es, al fin y al cabo, lo que de ellos pedimos.

Más intelectual, más refinada y literaria es, en efecto, la respuesta de Gary Cooper, el simpático chico de las piernas largas, el varonil Tom Brown, de «Marruecos», quien responde a la encuesta que Hollywood es «la tierra de promisión... de las promesas incumplidas». Entre los que dan cierto tono espiritual a sus respuestas hállanse en efecto Clive Brook, Fay Wray, Joseph von Sternberg, Mary Brian, Marlene Dietrich. Ahora: ¿son ellos, verdaderamente, más intelectuales que sus compañeros? ¿O les era más propicio el momento? Consolémonos con esta última idea, porque, amigo y compañero, si las estrellas de cine, además de la belleza que les es indispensable, y el arte interpretativo que les conocemos, y la admiración, en algunos casos idolatría, que el público del mundo les dispensa tuviesen un espíritu cultivado y una inteligencia ágil, cuando no genial, ¿qué haríamos los demás mortales del planeta?

Siempre su atenta y muy amiga,

MARÍA LUZ

Films Selectos sale los sábados

DE UNOS A OTROS

PUBLICAREMOS en esta sección las demandas y contestaciones que nos envíen los lectores, aunque daremos preferencia a las referentes a asuntos del cine. Los originales han de venir dirigidos al director de la sección, escritos con letra clara, a ser posible a máquina, y en cuartilla, por una sola carilla, firmados con nombre, apellidos y dirección de los que las envíen, e indicando si lo desean (aunque no es imprescindible) el seudónimo que quieren que figure al publicarse. No sostendremos correspondencia ni contestaremos particularmente a ninguna clase de consultas.

DEMANDAS

424. — *Mayanligo* desea saber si al solicitar fotografías de las estrellas cinematográficas y enviarles el franqueo puede hacerse éste en sellos de correos españoles y qué cantidad para los artistas de Norteamérica.

425. — *Dos curiosas* agradecerían a algún amable lector les dieran noticias del artista de la pantalla *Ivan Petrovich*, sobre todo acerca de los siguientes puntos: Su dirección actual, fecha de nacimiento, si es casado y con quién, sus principales películas.

Si conocen algo más referente a su vida igualmente rogámosnos los no hagan saber.

426. — *Dos admiradores del Lello* sacro desearían cambiar fotografías o tarjetas postales de *Billie Dove*, nuestra artista predilecta, por otras fotografías de otros artistas; si tienen interés por alguno pueden comunicárnoslo.

427. — *Un amante del cine* desearía saber las biografías de la bellísima artista *Marie Prevost* y de la gentil *Lolita Vendrell*.

¿Qué películas han impresionado cada una de estas artistas?

¿Está casada *Marie Prevost*?

¿Está emparentada *Lolita Vendrell* con el famoso tenor *Emilio Vendrell*?

Tres demandas de *Un sorianito*:

428. — Desearía saber la opinión de los lectores respecto al cine ruso.

429. — ¿Alguna lectora o lector podría enviarle la letra de los pasodobles *Gallito*, *Alegrias de España* y *La leyenda del beso*?

430. — A juicio de las lectoras ¿cuál es el mejor artista español?

431. — *Luciano López*, gran admirador de *Maria Alba*, desearía le explicasen en pocas palabras la vida de esta estrella. Al mismo tiempo cómo se obtendría una fotografía dedicada por ella y publicada en esta revista.

432. — *A. Sansano* agradecería saber dirección, pueblo y años que tiene el incomparable actor *Ernesto Vilches*.

CONTESTACIONES

392. — *R. M. S.* contesta a *El enemigo de la rubia*:

Las principales películas de *Imperio Argentina* son: *La hermana de San Sulpicio*, *Corazones sin rumbo*, *Los claveles de la Virgen*, *Cinópolis*, *El profesor de mi señora*, *Su noche de bodas* y *Lo mejor es reir*.

Las de *Louise Lagrange* son: *La mujer desnuda*, *La marcha nupcial* (versión francesa), *Orquídeas*, *Mon home*, *Saltimbánqui*, *La casa Roja*, *El arroyo*, *El defensor*, *Una mujer ha mentido* y *Dona Mentiras* (versión francesa).

Las de *Carmen Boni* son: *Adiós, juventud*, *Chica o chico*, *Cuidado con el telégrafo*, *Matrimonio en peligro*, *La princesa Olaya*, *La dama de Chez Márims*, *Mi lla de Mónaco*, *Barrio latino*, *La chica del perro*, *El ayudante del zar* y *Cuando ellas quieren*.

393. — *Charles* contesta a *Vilma Banky* que acepta gustoso el cambiar correspondencia, pues, a pesar de las muchas ofertas, ha sido ella la elegida, y le envía su dirección, que es la siguiente: *Francisco Durá Arbona, Poeta Campos Vasallo, 20*, primero izquierda, *Alicante*.

394. — *Roberto Medina* contesta a *Charles* (demanda 232): Pitouto sigue trabajando en el cine, en los estudios de París. Está contratado con la casa *Augusto Guernica* y pendiente de contratación con *Nord Film*.

Creo que dirigiéndose a la casa mencionada en primer término, recibirá la correspondencia. En cuanto a fotografía, no es fácil encontrarla, pero si se dirige a mí, seguramente se la enviaría, porque es muy amable. En *FILMS SELECTOS* se ha publicado una entrevista con fotografía.

Tres contestaciones de *Hamlet*:

395. — Para *Una aficionada al cine* (demanda 131): Las direcciones de *Charles Farrell* y *Janet Gaynor* se reducen a una sola: *Fox Studios, 1401, Western Avenue, Hollywood (California)*.

396. — Para *Anita* (demanda 135): Simpatizo respecto a esa película con usted y sólo puedo indicarle como fotografías las publicadas en el argumento de esa película editado por las *Ediciones Bistagne*, *Paseo de la Paz, 10, bis, Barcelona*.

A mí la indígena (*Dorothy Janis*) me gusta desde entonces una enormidad.

Como me parece simpática, desearía cambiar correspondencia con usted y, si acepta, puede indicarme su dirección por medio de esta sección.

397. — Para *Miss Teide* (demanda 134): Visito que tiene usted una cámara, y poseyendo yo otra, bien pudieramos ampliarlos mutuamente nuestros conocimientos por medio de correspondencia. Si así lo desea, puede indicarme su dirección por medio de esta revista.

Varias contestaciones de *Tahoser*:

398. — Para *J. Quintanilla* (demanda 175): Editoras madrileñas: *Aragón-Film*, *Bravo Murillo, 26*; *C. I. D. E.*, *Atocha, 30*, duplicado; *Ernesto González*, *Plaza del Progreso, 2*; *Perseo Film*, *Avenida Pi y Margall, 7*; *Studios M. A.*, *Canal de Isabel II, 20*, *De Barcelona*: *Gautmont*, *Paseo de Gracia, 66*; *Industrias Cinematográficas, S. A.* (*Sucesores de Julio Sanen*), *P. de las Camelias, 39*; *Imperial Film*, *Valencia, 235*.

399. — Para *Amapola* (demanda 178): Dirección de Luis Alonso: *Metro Goldwyn Mayer Studios*, *Culver City, California*. United Artists, *Studios, 1041, Formosa, Hollywood, California*, es la actual de *Billie Dove*, donde filma *La edad de amor (The age for love)*, para la *Caddo Company*, ahora fusionada con *Artistas Unidos*.

Al pedir fotografías a los artistas americanos debe incluir sello americano por valor de diez centavos o bono internacional equivalente, franequeando su carta con sello de 0,25 pesetas. Los sellos norteamericanos los puede adquirir en Madrid, en casa *Gálvez, Cruz, 1*.

400. — A la demanda 179: *Pola Negri*, que actúa en un teatro londinense en la obra *El último tango*, con *Reginald Tate*, piensa embarcar con rumbo a New York. De allí es posible que se traslade a Los Angeles, donde acaso interprete varias cintas en francés, inglés y acazo también en alemán, pues la gran actriz polaca domina varios idiomas. Lo que no le puedo indicar es su dirección.

401. — A la demanda 180: *Dorothy Jordán* nació en *Clarkesville (Tennessee)* el 9 de agosto de 1910. Dorothy es una enamorada del deporte marítimo, es experta bailarina y consumada diva; bajita, delgada y de pupilas azul claro; castaña clara; su piel recuerda al melocotón.

Su padre era comerciante. Ella estudió en la academia americana de arte dramático de *Sargent*. Cuando terminó sus estudios, ingresó a los quince años en el *Capitol*, para actuar en el «ballet» de *Chester Hale*, y poco después debutó en el *Broadway* como corista de una revista.

Su primer film fué para la *Fox*, *Magia negra*, al lado de *Josephine Dunn* y *Jhon Holland*; luego *Douglas*, que vió una exhibición preliminar de esta cinta, le dió un papel en *The Taming of the Shrew (La fiera domada)*. Más tarde fué contratada por la *Metro* para primera damita al lado de *Ramón Novarro*, con el cual ha trabajado en *Monsieur Sans-Gêne* y *El alegre Madrid*. Sus últimas cintas, por estrenar en España, son: *Pasajeros del mismo barco*, bajo la dirección de *Harry Poller*; *Jóvenes pecadores (Young Sinners)*, de la *Fox*, con *Thomas Meighan*, comedia musical sonora, donde hace su entrada en las «talkies» como cantante.

A pesar de la fama conquistada, lleva la misma vida sencilla y retraida de sus días más oscuros. Estudia idiomas y cultiva su voz bajo la dirección del profesor *P. Marafioti* de la *Opera Metropolitana* de *New York*.

Anita Page (Anita Pomares, su nombre verdadero), estrella de la *M. G. M.*, nació en *Murphy Hill (Long Island)*, el 4 de agosto de 1910. Mide 5 pies y 4 pulgadas, pesa 118 libras; pelo rubio, ojos azul-gris. De padre de origen francés y español (catalán). Miss Page llegó a Hollywood acompañada de su padre y hermano, y en la ciudad del celuloide trabajó en diversas ocupaciones antes de dedicarse a la pantalla. La descubrió *Sam Wood*, el director, por mediación de *Malcolm St. Clair*; el primero le dió el principal papel femenino al lado de *William Haines* en el *Fatu*; fué estrella «bebé» en 1929.

Sus papeles preferidos son los dramáticos, en los cuales se está ensayando. Dice que antes de actuar para el cine era muy aficionada a él, y sus artistas preferidos eran *Jhon Gilbert* y *Norma Shearer*.

La vida que hace en su casa es la siguiente: Arregla su lecho, prepara un plato auxiliado por su hermano marino, echa comida a los peces del estanque de su jardín, recoge del buzón la correspondencia del día y hace, en fin, cuanto pueda hacer una mujer de su casa.

Cintas importantes: *De millonario a periodista*, *Exceso de equipaje*, *Indiapolis*, con *W. Haines*; *Mientras la ciudad duerme*, con *Lon Chaney* y *Wheeler Oakman*; *Dígaselo al mundo*; *Broadway Melody (La melodía de Broadway)*, con *Bessie Love* y *Charles King*; *Caros o La flota aérea*, con *Ramón Novarro*; y por estrenar, sin traducción al español todavía: *The easiest way*, con *Constance Bennett*; *Caught Short*, con *Charles Morton*; *Un caballero con suerte*, con *Leyla Hyams* y *Jhon Gilbert*. También filmó al lado de *Buster Keaton* las versiones parlantes en inglés de *Estrellados* y *De frente, marchen!*

El vizconde de la Rosa contesta a las demandas siguientes:

402. — Para *P. Galguen*: Le mando el reparto de *Miguel Strogoff* para que busque el nombre del artista que le interesa; porque yo lo ignoro: *Miguel Strogoff*, *Ivan Mosjoukin*; *Nadia Fedor*, *Natalie Kovanko*; *Ivan Ogareff*; *Charca Scouny*; *Marfa Strogoff*, *Jeanne Brindeau*; *Sangarra*, *Tina Meiller*; *Emir Feogar*, *M. Debas*; *Fzay*, *Gaidaroff*; *General Kissoff*, *Nouguicheff*.

403. — Para *El enemigo de las rubias*: ¡Pero, hombre de Dios, a quién se le ocurre coger un seudónimo como el suyo!

Las cintas principales de *Ivor Novello* son: *La rata de París*, *Los misterios de Londres* y *El dolor de ser bueno*.

De *Bebe Daniels*: *Nada, niña, nada*, *La nieta del Zorro*, *Este hombre me gusta*, *Oué noche*, *Todo a medias*, *Perdida en París*, *La reporter Relámpago*, *Río Rita*, *Dixiana*, *El robo legal*, *Viene el amor*, *Tómeme el pulso, doctor*, *La manicura*, etc.

De *Suzy Vernon*: *Castigo*, *Paris-girls*, *Renacer*, *El último vals*, *La virgen loca*, *La venganza del Farao*, *Gavilanes* y *Aprendiz de bultarín*.

De *Imperio Argentina*: *Corazones sin rumbo*, *La hermana San Sulpicio*, *Cinópolis* y *Su noche de bodas*.

De *Carmen Boni*: *Venus de frac*, *Adiós, juventud*, *La canción de Shang-Hai*, *El ayudante del Zar*, *Barrio latino*, *Mi tía de Mónaco*, *La condesa Mimí*.

Bebe Daniels nació en Dallas (Texas), el 14 de enero de 1901.

He aquí las principales artistas de cabello Rubio: *Esther Ralston*, *Clara Bow*, *Anny Ondra*, *Claire Windsor*, *Dorothy Mackaill*, *Greta Garbo*, *Josephine Dunn*, *Jeannette Loff*, *Maria Corda*, *Norma Talmadge*, *Phillys Haver* y *Ruth Taylor*.

Siempre a sus órdenes, señor *Enemigo de las rubias*.

404. — Para *Dos caballeros intrépidos*: *Dolores del Río* nació en Durango (Méjico), el 3 de agosto de 1905. Tiene el cabello negro. Se llama *Dolores Asunción*. Viuda de *Jaime del Río* y casada actualmente con *Eric Gibbons*. Dicha boda tuvo efecto en *Santa Bárbara* el 6 de agosto último. *El precio de la gloria*, *Ramona*, *La bailarina de la ópera*, *Los amores de Carmen*, *La senda del 98*, *Qué escándalo*, son sus mejores cintas. Esta sin contrato; por lo tanto, no puedo darle la dirección.

Raquel Torres nació el 10 de noviembre de 1908. Ha trabajado en *Sombras blancas*, *Estrellados*, *El pulpo y Tantas veo...* Su dirección: *Metro Goldwyn Mayer Studios*, *Culver City, California*.

405. — A la demanda de *Antonio Samaniego* contesta *Luis del Val* lo siguiente: La voz de *Jóhn Gilbert* en sus comienzos no era registrada por el micrófono en el tono lo suficientemente «lleno», como ocurrió en la película *Redención* (aunque en España vino sin diálogo). En vista de este fracaso, tomó lecciones de canto y consiguió que su voz tomara el «grueso» suficiente. Sus últimas películas parlantes son: *Olimpia* (cuyo intérprete en la versión española es *José Crespo*), con *Catherine Bab*, *En cada puerto un amor* y *Chertibibi* (aunque ésta debía interpretarla *Lon Chaney*, cuyo protagonista en la versión hispanoparlante es *Vilches*).

Respecto a *Clara Bow*, su voz es apta para el micrófono, y la *Paramount* prorrogó su contrato con ella, subiéndole el sueldo en febrero de 1930.

La siguiente contestación es de *Don Juan Diplomático*:

406. — A *Currito*: El protagonista de *Los cuatro diablos* es *Charles Morton*.

Estoy casi seguro que el cine sonoro comenzó a rodar en España en 1927.

Billie Dove, cuyo verdadero nombre es *Lillian Bonny*, nació en Nueva York el 14 de mayo de 1903. Se casó en 1926 con *Irvin Villat*, pero no pudo soportar la vida junto a su marido, aprovechó que éste hacia un viaje de negocios y abandonó su casa. Esta actriz es una de las pocas que han triunfado sólidamente por su belleza. Cuenta con una gran cantidad de obras, pero donde más se distinguió fué en *La odisea de una gran duquesa*, que obtuvo un resonante éxito; *El mercado del amor*, *El pirata negro*, *El sastre botines*, *Adoración*, *Sin escudo ni blasón*, *Promesa en prenda*, *Por el mal camino*, *La belleza americana*, *La presumida*, *Su vida privada*, *El hombre y el momento*, *El vigía*, *Llamas de juventud*, *El ángel pintado* y muchas más. En esta última tendrá usted ocasión de oír su linda voz.

Ya se ha puesto a la venta el
ALMANAQUE DE LA MADRE DE FAMILIA PARA 1932
Precio único: TRES pesetas

Pío Baroja

nos confiesa que...

HEMOS tenido que hacerle una entrevista a Pío Baroja, el formidable novelista navarro, autor de «Zalacain el Aventurero», que se encuentra hace unos días en Barcelona, cavando en sus archivos los cimientos de datos sobre los que ha de levantar una nueva obra.

Y he aquí que, a mitad de nuestra conversación, el ilustre literato, nos hace esta confidencia:

—¡Ojalá pudiera yo hacer argumentos de película!

Para nuestros prejuicios intelectuales, esta exclamación en boca de un escritor del calibre de Pío Baroja, es todavía casi un sacrilegio. Y no hemos podido dejar de profesir, medio escandalizados:

—Pero, usted, don Pío, usted haría argumentos de película?

—¡Caramba!... Pues ¡ya lo creo! Sería mi ideal.

Entonces hemos propuesto al escritor:

—¿Nos permite usted que se lo digamos a los lectores de FILMS SELECTOS?

—¡Claro que sí! ¿Por qué no?

Y así — interrumpiendo la otra — iniciamos esta entrevista con el insigne autor de la «Mascarada sangrienta», que hoy tenemos el gusto de ofrecer a nuestros lectores.

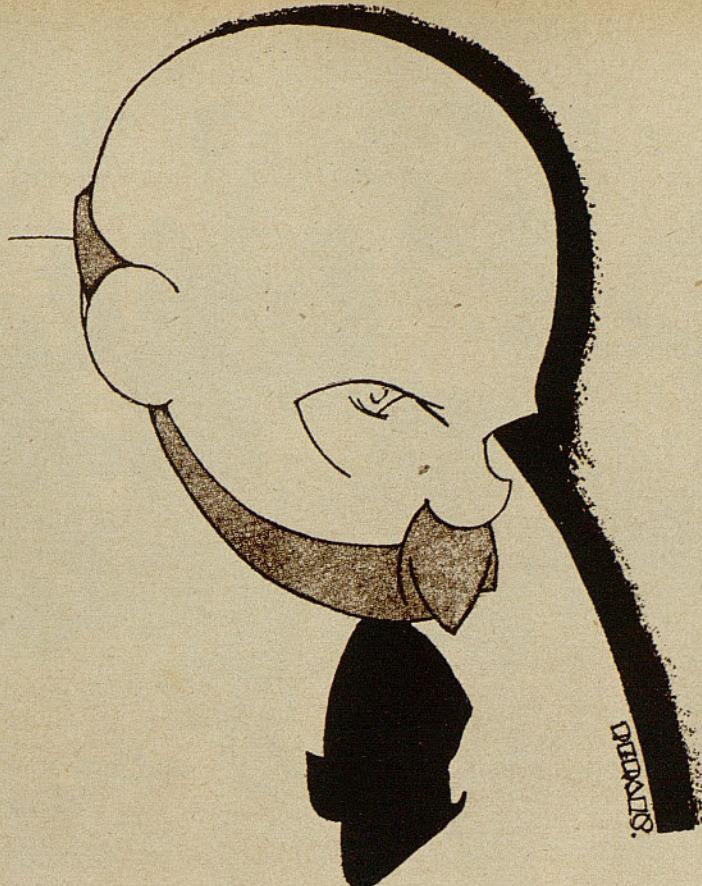
—¿QUIERE explicarnos el porqué de esta afición, señor Baroja? — empezamos.

Don Pío se arrollana en su bufaca, estirándose las puntas de la americana y cruzando las piernas, en un gesto que le es habitual. Sonríe sencillamente entre la blancura de su breve barba filosófica.

—Oh! No tiene nada de particular. Yo soy, esencialmente, un argumentista. Mis obras no son más que esto: argumentos. Argumentos que me he visto precisado a narrar para encerrarlos en un libro, teniendo que sortear constantemente, para esto, los escollos de la gramática; saltar los obstáculos del estilo y luchar denodadamente con las dificultades de la técnica. Mire usted; yo, cuando tengo un asunto pensado, quisiera que viniera otro y se encargara de convertirlo en novela. Yo quisiera no tener que preocuparme más que de la acción. Y, naturalmente, el cine es entonces el ideal. Eso de que tú no tengas que ocuparte más que de engendrar la idea, es un encanto. El doloroso y complicado problema del desarrollo de la idea, hasta darla a luz, lo resuelve otro. Se siente así la delectación de la sensación de paternidad, que está limpia de los esfuerzos, del padecimiento y de las preocupaciones de la sensación de maternidad.

—Realmente, parece que tiene usted sobrada razón, señor Baroja.

—¡Que si la tengo! Y doblemente fundada, señorita. Claro que yo ya no tengo que empezar. Hace muchos años que



...su ideal
Filmolecta
de Catalunya
sería
escribir
argumentos
de
película

lo hice y no puedo negar que me ha ido bien. Pero, ¿y continuar? Ya ve usted cómo se está poniendo todo. La gente antes, en España, ya leía poco; ¡pues imagine ahora, que está menos para cuentos que nunca!... Ahora, que no está más que por la política y por el cine; por el cine y por la política. Una de dos; de las dos grandes pasiones del momento en todo el mundo. Nada, que los pobres literatos estamos en quiebra. Para triunfar o para seguir triunfando, o aunque no sea más que para vivir o seguir viviendo, no hay más remedio que ser o diputado o «estrella», o argumentista u operador, o tramoyista incluso...

—¡Hombre, don Pío! ¿Es que cree usted que va a encontrarse reducido a esos extremos?

—Ni qué decir tiene que yo espero que no. Pero todo esto, ya le digo, son las razones materiales, económicas, de la cosa. Claro que las que a mí me convencen, principalmente y en serio, son las otras, las que le he dicho antes. ¿Usted sabe el efecto que hace ver en la realidad, transformado en vida material y auténtica, todo lo que a uno le ha pasado por la cabeza? Ver a las figuras que uno se ha imaginado así o así, hechas carne, hechas hombres y mujeres de veras; hombres y mujeres de veras que viven, de veras también, todos los episodios que se han formulado en el magín de uno... Es maravilloso.

—Pues ¿por qué no se dedica usted a eso? ¿Por qué no hace usted, también «de veras», argumentos para el cine?

—Porque las casas productoras están demasiado lejos. A una distancia como la que hay de Madrid a Hollywood, no puede hacerse nada, porque es una doble distancia: de kilómetros y de temperamentos. ¡Si se hubiera llegado a hacer cine español! Si se hubieran realizado aquellos proyectos de montar aquí las editoras de la producción hablada en español, sí. ¡Con lo estupendo que eso hubiera sido! Además, hubiera evitado el fracaso de los «talkies» en nuestro idioma, porque los hechos aquí hubieran sido lo que debían ser: reflejo de la verdadera España, y no aquel zafarrancho de mezclas, falsedades y disparates que son los «talkies» en español extranjeros, los cuales no tienen más atractivo, para nosotros, que el de que entendamos lo que dicen. Pero, en España la gente no tiene el sentido de los negocios, y, claro, no ha habido capitales para una empresa así. ¡Qué le vamos a hacer! Me habré de quedar sin el gusto de ver realizado el sueño de toda mi vida: pensar historias para que otro las hiciera por mi cuenta, y que las hiciera de esta manera, para poder verlas pasar por la pantalla lo mismo que si pasaran por la realidad... —

IRENE POLO



El célebre grupo de bailarinas de Albertina Rasch — entre las que hay algunas de las bellezas de los «Follies», «Vanities» y «Scandals», — el director Roy Mack y Mary M. Spaulding, nuestra colaboradora, en los estudios del Vitaphone, mientras se filmaba la película corta «Footlights».

DESDE la luneta del teatro el espectador no da mayor importancia a la película de corto metraje con que se ayuda a cubrir el programa de la noche.

Una comedia musical de dos o tres rollos no merece — en su opinión — grandes elogios. Es el entremés: el plato fuerte es la película que viene después, a base de grandes escenas, de muchos rollos, de enorme publicidad y una hora treinta minutos de exhibición. Para este espectador, escribo hoy mi crónica. Quiero que vayamos juntos hasta un estudio donde se está filmando una cinta corta.

VAMOS al estudio «Vitaphone».

Después de atravesar el Puente del East River, que divide Brooklyn de Nueva York, el aspecto general del paisaje ha cambiado. Las moles grises de los edificios que se empinan insolentes, desafiando a los cielos y venciendo a las águilas en altura, quedan perfilados en el fondo nebuloso, como siluetas fantásticas de una ciudad de ensueño.

Los ruidos ensordecedores de la gran urbe llegan hasta nuestros oídos como el murmullo monstruoso de un animal prehistórico.

Las calles, aunque agitadas por el ir y venir de los habitantes del gran colmenar, no contienen esas masas compactas que en Nueva York se apretujan, se rechazan, se amontonan, y que corren locamente sin que ellos mismos sepan exactamente hacia dónde van.

De vez en cuando, entre las negras fábricas que vomitan humos, envolviendo en un manto sombrío los contornos del barrio adyacente, nuestros ojos sienten la frescura infinita de alguna casita con un jardín en miniatura, pobre intento de campo en plena ciudad industrial...

Escena y pantalla

Entre bastidores...

Crónica de los Estados Unidos
(Especial para FILMS SELECTOS)

por MARY M. SPAULDING

Poco a poco nos damos cuenta de que vamos atravesando los dominios de la burguesía: frente a las casas de oxidadas techumbres, hay tendederos con la ropa de la familia, y chiquillos de rostros colorados que humanizan el paisaje con sus gritos y risas infantiles.

Nos acercamos al estudio «Vitaphone». Es un caserón viejo y gris que resiste valientemente el embate de los años. Una reliquia donde se llevan a cabo los films de asuntos cortos que completarán más tarde el programa en los principales teatros mundiales.

El viejo «Vitaphone» apenas si parece hermano de aquel otro estudio hermoso y arrogante que posee «Warners Brothers» en un elegante Boulevard de Hollywood.

Subimos la escalera de cemento con barandales que han tomado una pátina lustrosa a fuerza de haber sido acariciados, y nos encontramos en un zaguán donde esperan amontonados en bancos, de pie cerca de las puertas, e indolentemente recostados a las paredes, el más raro conglomerado de seres humanos. Hay de todas las razas y de todos los tipos. Unos vienen para tomar parte en el film, otros con la esperanza de encontrar trabajo. Muchos de ellos son viejos veteranos y conocen los resabios de grandes y pequeños en la organiza-

ción; otros tienen en sus pupilas la incertidumbre y el temor... Las mujeres, especialmente, son dignas de estudio psicológico: si es joven y bella, o medianamente atractiva siquiera, en su pose hay cierta insolencia de seguridad...; por sus labios jueguea la sonrisa del triunfo... Las que ya han marchitado su juventud en la espera triste y cruel mueven los pies con nerviosidad; los ojos contemplan, de soslayo, a la compañera atractiva que está cerca..., hay una envidia tristísima y perdonable en esas miradas... ¡La lucha es amarga cuando las mejores armas se han perdido!...

Y penetramos al interior, donde están los «sets».

Al final de un corredor hay una puerta de metal, impresiva como una bóveda de caudales. Por todas partes aparatos contra el incendio, bocinas de alarma, carteles prohibiendo fumar, o exigiendo silencio. La pesada puerta, movida por motores ocultos, gira lateralmente sobre rieles invisibles, y un anfiteatro vasto, medio obscuro, se revela a nuestra vista. Penetramos y nos hallamos en medio de un laberinto de andamiajes que surgen por todas partes, mientras sus crestas se pierden en la penumbra de los techos altísimos. Nos detenemos un instante para acostumbrar nuestras retinas a la luz tenue que tamaiza el lugar y poco a poco podemos notar los detalles.

Por todas direcciones corren enormes cables eléctricos; por el piso serpentean, como anacondas dormidas, un sinnúmero de mangueras y cables de fantásticas dimensiones. Un ejército de carpinteros, electricistas, pintores, se asoma por todas partes y a todos los niveles, y las voces roncas e imperativas de los capataces tratan de dominar el clamor

ensordecedor que producen los gritos de unos y el martillear de los otros...

Aturdidos, en medio de este ajetreo formidable, tratamos de orientarnos, cuando el repiquear brusco de una campana se une a la confusión general, y al mismo tiempo por todas partes aparecen luces rojas... Como por arte de magia todo enmudece en el «set». Nos sentimos sumergidos en un silencio de tumba. Más emocionante, por lo súbito y completo, que el estrépito que lo precedía.

El director se aprestaba a filmar. Llegaba el momento culminante en el cual el sensitivo micrófono recogería los sonidos... Y tanta es la sensibilidad de este aparato, que a primera vista parece insignificante, que una mosca, pasando cerca de su superficie, produce en la bocina de reproducción un ruido tan ensordecedor como el jadeo de un ferrocarril...

Nos adelantamos entre dos andamios, y al dejar la penumbra silenciosa nos sentimos súbitamente bañados en una luz intensa: estamos frente a la escena que se filma.

Es un campo primaveral; rodeado por montañas pintadas en el reverso de los andamajes que tanto nos han intrigado al comienzo de nuestra irrupción en el «set». Arboles genuinos, frondosos y cubiertos por flores, adornan los fondos. El césped, empero, es la obra de los obreros. Por el fondo van saliendo las

Mary M. Spaulding, Russ Brown y Dorothea James, en el columpio del «set» donde se filmaba la película de corto metraje «Footlights» de la Warner Bros Vitaphone. Russ Brown y la señorita James son dos de los populares «musical comedies stars» de Broadway.



El rubicundo Sr. Sam Max, jefe de la producción en los estudios de Warner Vitaphone, posa con Mary M. Spaulding, en el mismo «set» donde se filmaba «Footlights». (Exclusivamente para FILMS SELECTOS).

ninfas que comienzan una serie de bailes graciosos y ligeros... Es el famoso ballet de Albertina Rash, compuesto por muchachas que llevan en sus cuerpos de Venus el mejor certificado de belleza y perfección. Entre ellas las hay que pertenecieron a los célebres «Follies», «Vanities» y «Scandals»..., esto es: las bailarinas más famosas en la Ciudad de Hierro.

El ballet de Albertina Rash se adelanta haciendo cabriolas, describiendo figuras inveterosimiles, mientras que Roy Mack, el propio director del film, sentado al piano, ejecuta la pieza musical.

En un rincón del «set» hay un columpio, y sentados en éste, Dorothea James y Russ Brown —dama joven y galán respectivamente— accom-

(Continúa en la página 24)

Robert Montgomery

o la sencillez

ROBERT (es difícil nombrar a este muchacho, que tiene un aire tan fraternal, como no sea así: Robert a secas) es, válgame la palabra, un «anti-castigador». Basta ver su fisonomía sencilla y sin refinamientos estéticos, para adivinar que se trata de un caso poco corriente entre la falange innumerable y adoecada de los galanes jóvenes del cine, ese ejemplar humano tipi-



Robert Montgomery recibiendo la insignia oficial del estrellato de manos de Janet Currie, Liliand Bond, Karen Morley, Joan Marsh, Edwina Booth y el director Sam Wood en los estudios de la M.-G.-M.

co, a quien caracteriza la mirada decididamente conquistadora y la falta absoluta de imaginación, que se halla tan profusa y fielmente reproducido, más que en cualquier otro campo del arte, en el de la cinematografía. Todo es, en Robert, sensato y equilibrado. Su jovialidad y su sonrisa perennes no le llevan nunca a exaltaciones ruidosas. Su afabilidad constante no tiene nada de forzada cortesía, y su sencillez y modestia nada de «pose».

Es el tipo ideal para encarnar al hombre bueno, juvenil y un poco ingenuo, ese tipo de hombre que es la antítesis del otro, el del perfil apolíneo y la elegancia rebuscada, al que desbanca, sin proponérselo, en el film, en el corazón de la heroína, y en la realidad en la predilección de un público que reacciona, ¡por fin!, harto de las miradas ardientes o aborregadas (a lo Gilbert o a lo Valentino), por el abuso inhábil que de estos métodos de seducción han hecho cuanto galán presumido y nulo ha paseado sus gallardías por esas pantallas del mundo.

Robert no es un hombre elegante en el sentido general que se le da a esta palabra, pero se ve en él al hombre a la par que sencillo, refinado. No es un «actorazo», porque posee un espíritu demasiado equilibrado para dejarse llevar por arranques temperamentales, pero interpreta sus papeles con una justicia, pulcritud y comprensión, que le hacen dueño de la situación sin el menor esfuerzo aparente. Su manera de actuar es diferente de la de muchos, en que no se observa nunca en ella la preocupación artística, el «cómo quedaré»



365-X

que se adivina en el trabajo de otros galanes mucho más experimentados que él, casi un novato, en las lides cinematográficas. Evita siempre todo lo que sea exhibición innecesaria de sus cualidades de actor, y es precisamente esta falta de ostentación, esa, como si dijéramos, «tranquilidad» que imprime a todos sus papeles, la que le da ese cariz tan sincero y tan humano.

Procede de familia de artistas, y antes de aparecer en la pantalla, era ya muy conocido en los teatros del Broadway, en donde se había especializado en la interpretación de comedias musicales, pues posee una bonita voz.

Su carrera en el cine ha sido una de las más rápidas y brillantes que se conocen, pues en poco más de un año consiguió llegar al codiciado escalofón de la victoria, convirtiéndose en un «astro» que brilla con luz propia en la constelación parpadeante de la voluble tierra del cine. El título de «estrella» se le adjudicó a raíz de su meritísima labor en la película «Inspiración», con Greta Garbo.

Pero como Robert sabe bien que la gloria es efímera, y más la cinematográfica, sigue tan sencillo y tan jovial como siempre, riéndose quedamente y departiendo con todos los operarios del estudio a quienes gusta de llamar sus mejores amigos, y en lugar de gastarse alocadamente sus crecidos ingresos, como hacen muchos otros, a quienes embriaga el favor de la

ingrata Fortuna, guarda su dinero y se dedica a enriquecer su hogar, sencillo por fuera, confortable y rico por dentro, como su propio duño, en donde reina como ama y dueña la dulce mujer de Robert.

En la elección de esta última, dió este muchacho una prueba más de cordura y sensatez, escogiendo como compañera de su vida a una mujer que no es famosa, que no es artista de cine, ni de teatro, ni de cosa que se le parezca, que no es muy guapa ni muy fea, ni muy sabia ni muy tonta, pero sí una mujer, sencilla como él, con una buena dosis de sentido común, verdadero hallazgo en una tierra de locos, que es muy amante de su hogar, y sobre todo, muy amante de su marido.

En la casita blanca de sus sueños, que hicieron edificar en la colina más alta de Beverly Hills, vive feliz esta pareja, riendo, soñando, y divirtiéndose, todo con moderación, pues los dos son decididos partidarios de la verdad de aquel refrán que dice que «en el término medio está la virtud».

¡Feliz tú, Robert, que enfilas tu nave serena sobre el mar tempestuoso del inquieto Hollywood!

GLORIA BELLO

HARRY CAREY (CAYENA)

ERA aquella época en que las películas del Oeste constituyan un atractivo en los programas. En la sombra de la sala, mientras dormitaban las mamás, dos jovencitas, aprovechando aquel momento que les permitía expresarse libremente, con toda la sinceridad de su corazón juvenil y un poco impetuoso, charlaban.

—¿Cuál es tu artista favorito? —preguntó una de ellas.

—¡Vaya una pregunta! —repuso la otra—. Creo que todas pensamos igual. Mi artista favorito es el ídolo de todas las mujeres que venimos al cine.

—Pero ¿cuál?

—Valentino. ¿Acaso no estamos de acuerdo?

—No.

—¿No?

A aquella admiradora de Valentino le parecía imposible que se pudiera preferir a otro.

—Entonces ¿cuál es tu artista?

—Cayena.

—¡Cayena!

—Sí, Cayena. ¿Te extraña?

—Extrañarme es poco. Me parece una locura.

—Yo, en cambio, no os comprendo a vosotras... Verdad es que, sobre gustos...

—Pero ¿qué te gusta a ti de ese hombre?

—Eso: que es un «hombre», un hombre de verdad.

—¿Acaso Valentino no lo es?

—Sin duda. Incluso creo que ha hecho magníficas demostraciones de fuerza y de valentía. Pero... esos guapos galanes de la pantalla me producen el efecto de que se recrean mirándose al espejo, de que están obsesionados por sus atractivos. Llegan a ser ídolos de sí mismos, y eso sólo es perdonable en la mujer.

—El caso es, y tú acabas de decirlo, que Valentino es guapo. Creo que lo principal para que un hombre nos guste es que sea guapo y tenga buen tipo.

—Pero ¿qué es un hombre guapo y un hombre feo? Yo creo que la belleza del hombre no se puede amoldar a reglas como las de la mujer. Un hombre que a tí te parecerá muy guapo, a mí puede parecerme feo y a otra ni feo ni guapo.

—En lo que la inmensa mayoría estamos de acuerdo es en que «Cayena» es un hombre ordinario, sin ningún atractivo.

—Me parece que tú no te has fijado en él, obsesionada por tu Valentino. Cayena es un hombre de rasgos correctos. Tiene el cabello rubio, los ojos grises. En su rostro hay siempre una ex-



Harry Carey con Edwina Booth y Duncan Renaldo, sus compañeros, en la película «Trader Horn»

presión simpática. Es audaz hasta la temeridad, fuerte, atlético. A lomos de su caballo, el mundo, cuando menos ese mundo del Oeste americano, es suyo. «Cayena» es un rey de esas comarcas donde la naturaleza conserva aún toda su virginidad. Y, como rey, y aunque no quiera, hay en él cierta majestad, cierto convencimiento de su poder que le hace más hombre aún. Por el débil llega al sacrificio. En cambio, jay del fuerte que quiera imponer ante él la ley de la fuerza! Créeme. Mi ideal sería tener por marido un hombre así, un hombre que me tratara y me mimara como a una niña, un hombre junto al cual me sintiera siempre protegida contra todo peligro...

—Todo eso está muy bien. Comprendo que un hombre así te guste. Pero tú estás hablando de «Cayena», es decir del hombre que has conocido a través de la pantalla.

—¿Acaso no estás tú en el mismo caso?

—No, porque lo que yo admiro de Valentino no lo pierde al terminar de filmar. Dentro y fuera de la pantalla es guapo y arrogante. En cambio, tu héroe puede ser, en su vida íntima, todo lo contrario de lo que parece.

—Pero da la casualidad de que no lo es.

—¿Cómo lo sabes?

—Es hoy documentada acerca de la vida de mi ídolo. Es sumamente interesante. Nació en Nueva York, en el año 1880. Era aún muy joven cuando se trasladó al Oeste, atraído por aquella vida. Allí, entre los vaqueros, como

un vaquero más, estuvo algún tiempo y escribió una obra de teatro: «Montaña».

—No sabía que fuera escritor.

—Otra cualidad en favor suyo. Estrenó la obra en «Broadway» y él mismo desempeñó el papel principal. Fué un éxito. Surgió el escritor y el actor al mismo tiempo. Trabajó en el teatro durante siete años. Por fin, recibió una oferta de una importante casa de cine, y la primera película en que tomó parte fué «The Unseen Enemy». En ese mismo film trabajaban las hermanas Gish y Lionel Barrymore. La dirección corrió a cargo del famoso Griffith. Triunfó. A este primer éxito siguieron otros. Y así ha llegado a ser el gran artista que es hoy. ¿Comprendes ahora que tenga simpatía y admiración por él?

—Sí, pero yo continúo prefiriendo a Valentino.

—Pues, para mí, no hay más favorito que «Cayena».

CALLARON al darse cuenta de que yo, indiscreto, no perdía una sola silaba de su interesante conversación.

Ahora, al concebir el propósito de hablar de Harry Carey, me ha parecido oportuno recoger aquel diálogo que constituye una definición y una biografía del gran «Cayena».

Sólo he de añadir que el héroe del Oeste está casado con Olive Fuller Golden, también artista de la pantalla, y que las últimas películas en que ha tomado parte son «Manhattan Cocktail», «La senda del 98» y «Trader Horn».

J. B. VALERO



IMPERIO ARGENTINA O LA SIMPATIA

•
TRÍPTICO
•

En la pantalla

Movilidad, agilidad, voz grata, sonrisa, ritmo, contorno, dulzura, esto es Imperio Argentina en la pantalla. En ella la hemos visto varias veces, en actuaciones dispares, en películas más o menos gratas, más o menos logradas; pero ya desde aquella encarnación de «La hermana San Sulpicio», descubrieron todos lo que llegaría a ser, lo que

es hoy ya, y lo mucho más que seguramente será en un próximo mañana.

Su mejor actuación, en «Su noche de bodas», porque es también la mejor película en que le ha sido dado trabajar. No se puede pedir que un artista atrai-ga, convenga y triunfe con un argumento nôño, soso, deslavazado, incoherente, ni bajo las órdenes de un director poco experto o desconocedor de las cualidades del actor. En esta película se pone de relieve, de alto relieve, la calidad primordial de Imperio, calidad ya esbozada en las anteriores: la simpatía. Simpatía tan irradiante, tan definitiva, que es lo que por encima de todo ha logrado la cordial acogida que el público ha dispensado al film. Esta simpatía emana de sus gestos, de su sonrisa, de sus actitudes, de su dicción, de su voz, que nos subyugan, nos atraen, nos hacen vibrar a su unísono y crean entre el espectador y ella, la analogía de sentimientos, base imprescindible de la simpatía.

Son bellas las canciones que canta, pero al cantarlas recordamos su simpática voz. Son graciosas las escenas en que toma parte, pero al evocarlas aparecen ante nuestra imaginación sus sonrisas o sus gestos con toda la simpatía de que están impregnados, de modo tal, que si analizamos friamente nuestros sentimientos no podemos asegurar si nos gusta la canción en sí o porque la canta ella; si nos resulta graciosa la escena sólo porque lo es, o porque ella la representa. Nos queremos convencer de que basta la canción o basta la escena. Si, son bellas y son graciosas, pero lo son aún más, porque a la vez nos son simpáticas, gracias a la simpatía de Imperio Argentina.

En la vida

RECENTEMENTE ha estado en Barcelona. Un buen amigo nos ha llamado a su lado. Fuimos temiendo una decepción. ¡Hemos visto y conocido tantos casos en que la persona se opone al artista!

Imperio Argentina con su madre doña Rosario del Río de Niles, posando para nuestra revista.



¡Hemos conocido tanto poeta ensañador romántico, que en la vida es un adán materialista! Pero en este caso son una misma persona la mujer y la artista. Magdalena Niles (que así se llama como particular) es tal vez aun más simpática que Imperio Argentina.

Afabilidad, sencillez, llaneza, cordialidad, franqueza, naturalidad, tanto con los periodistas (con los que otros artistas más cacos o menos sinceros, suelen mostrarse reservones o petulantes) como con cuantos la hemos visto hablar, rebosan de ella.

La vimos entre nuestros compañeros de prensa, atenta y comunicativa, sonriendo siempre, sin hacer ni el más leve gesto de desdén, ni de cansancio, sin empaque alguno, de modo tal, que nos produjo la sensación de que era una antigua amiga y no una reciente conocida a la que rendímos pleitesía, tanto por mujer bella, como por triunfadora.

La vi después en las oficinas de la casa «Paramount», rodeada de empleadas y empleados de todas categorías, y más parecía una antigua compañera, que la admirada estrella. Con todas hablaba, pero no con la amabilidad de una buena educación, o de tratado de etiqueta, sino con afabilidad, con jovialidad, con afecto, con hermandad, sin que por un momento desapareciera de su rostro la simpatía de su risa. Y era de ver cómo la simpatía irradiante de Imperio, subyugaba a todos y les permitía audacias aún a los más tímidos. «Yo también quiero una fotografía dedicada.» «Yo quiero retratarme con usted», decían apiñándose a su alrededor. Fué necesaria la energica intervención de los jefes, para que volvieran todos a su labor y se desligaran, aunque con pena, de la atracción y simpatía de esta mujer.

Yo he visto en los ojos de sus familiares, que sienten por ella una simpatía tal vez superior al cariño. Yo sé que sus compañeros — el gran actor Manolo Russell me lo dijo — también están subyugados por esa simpatía. Yo la he vis-

Imperio Argentina y su hermana, conversando amigablemente con el director de FILMS SELECTOS



to entre el público, el gran público de la calle, y también éste, apenas la descubría, apenas vislumbraba su figurita y su sonriente cara, se iba en pos de ella atraído por su simpatía.

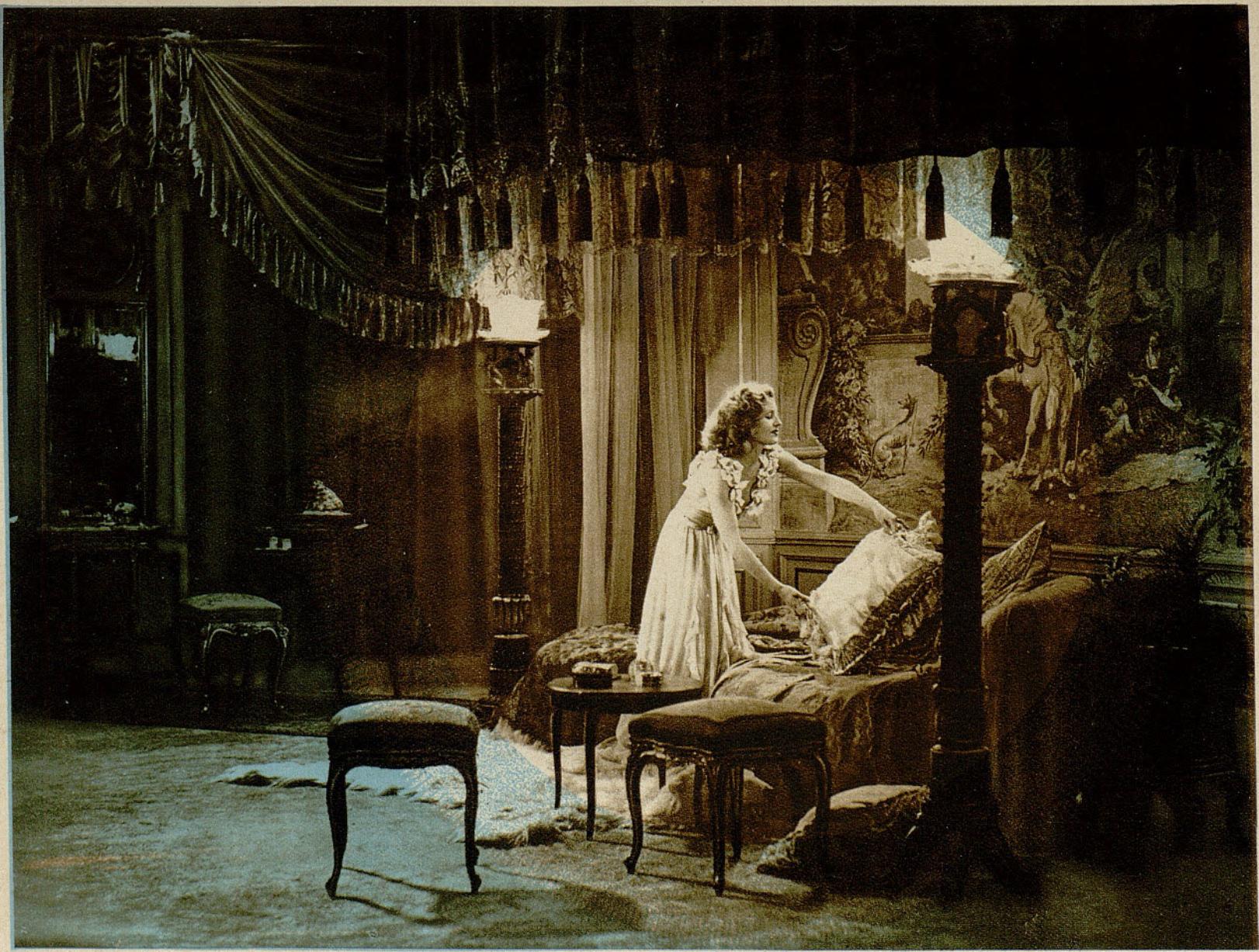
En el recuerdo

PASARÁN los años, la lucha por la vida, los afanes de cada día irán borrándose poco a poco las impresiones recientes de su personalidad externa, nos olvidaremos de si es baja o alta, si es rubia o morena, pero no perderemos el recuerdo de esa simpatía, porque perduran más en nosotros los dones espirituales que los materiales. Entonces quizás podamos analizar en qué consiste esa simpatía. ¿En su risa? ¿En su voz? ¿En su gesto? ¿En sus actitudes? ¿En su naturalidad? ¿En su afabilidad? ¿En su sencillez? ¿En todo esto junto?

Hoy no somos capaces de discernirlo y sólo podemos hacer constar que, por su enorme simpatía, es Imperio Argentina la artista de habla castellana que tiene «ello», como dicen los norteamericanos, o «ángel», como decimos los españoles. TOMÁS G. LARRAYA



Catalina Bárcena en una es-
cena de la película "Mamá"



Lilian Harvey en una escena de "El favorito de la Guardia"

FILMS SELECTOS
SUPLEMENTO ARTÍSTICO



EL CINE Y LA MODA
Guantes

Muy modernos y originales son los guantes que en esta fotografía nos presenta la protagonista de la película "Trader Horn", Edwina Booth. Estos guantes destinados a completar un conjunto de sport, estén hechos de cabritilla y llevan en la muñeca un grupo de pliegues cosidos y se cierran de forma muy original, por medio de una tira de cuero que fermina en dos borlas del mismo material. Las vueltas son también de cabritilla pero de color contrastante.

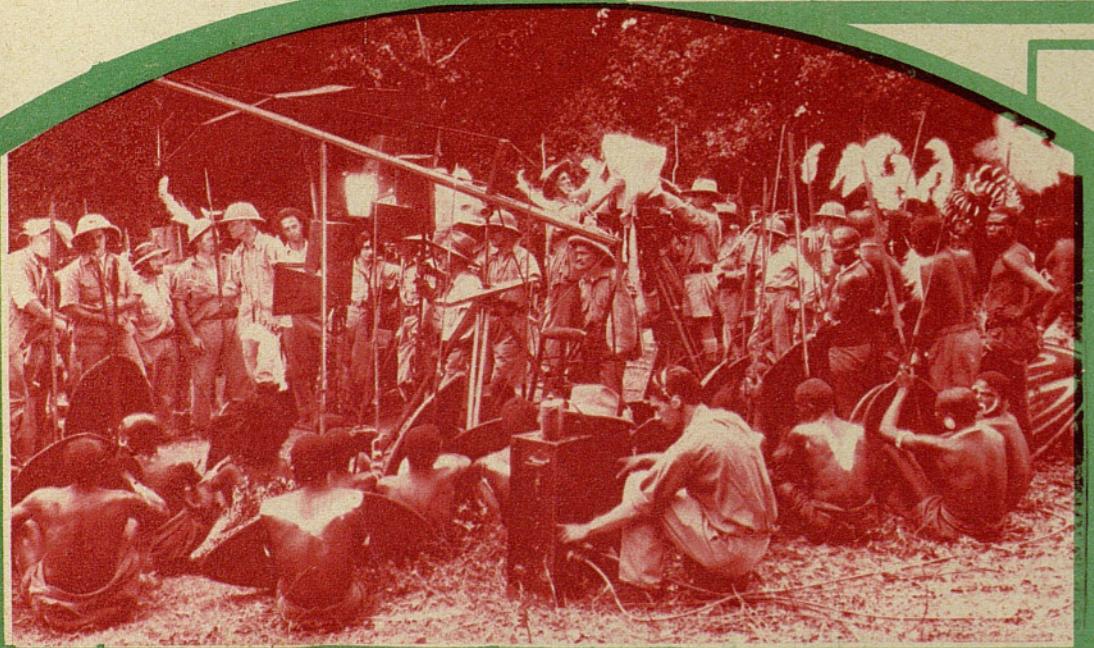
Anita PLANAS



Un grupo de pigmeos que sirvieron de "extras" en la película "Trader Horn" rodeando al Gran Jefe y a los protagonistas de la película Edwina Booth, Harry Carey y Duncan Renaldo.

Comparsas y ayudantes de una gran película

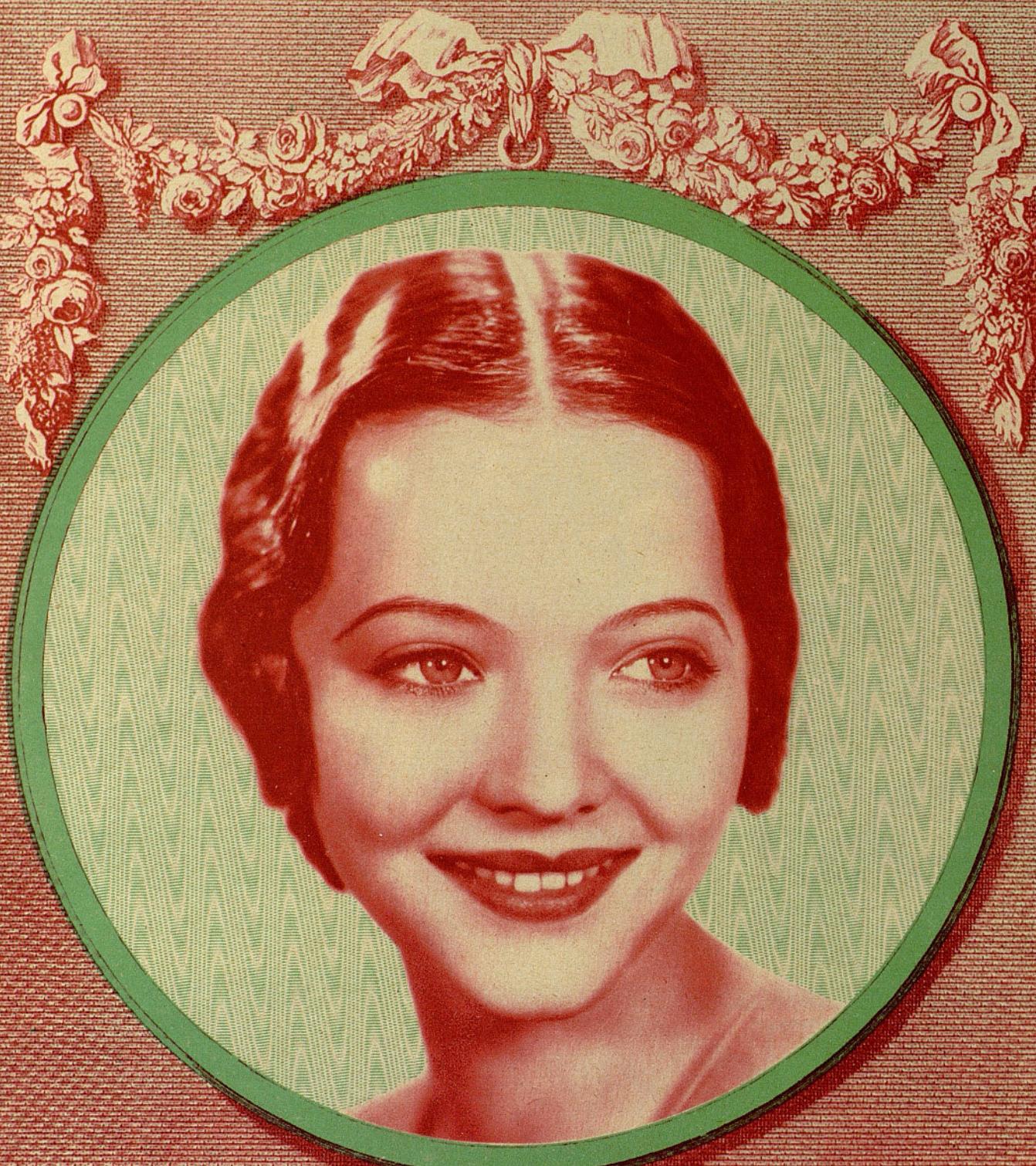
Esta película que es "Trader Horn", no se desarrolla en una gran urbe, ni en los campos de la Gran Guerra, ni en el Oeste, sino entre los más intrincados pueblos y selvas africanas, por lo que los comparsas, según puede verse por las fotografías que damos en esta página, no son los habituales de los estudios, ni activos combatientes, ni caballistas, sino individuos de los países en que se impresionó, los cuales han podido ver cómo se realiza una película al aire libre con escenarios auténticamente naturales lo cual causará la envidia de muchos de los que son llamados cineastas.



Comparsas indígenas, esperando el momento de actuar ante la cámara.



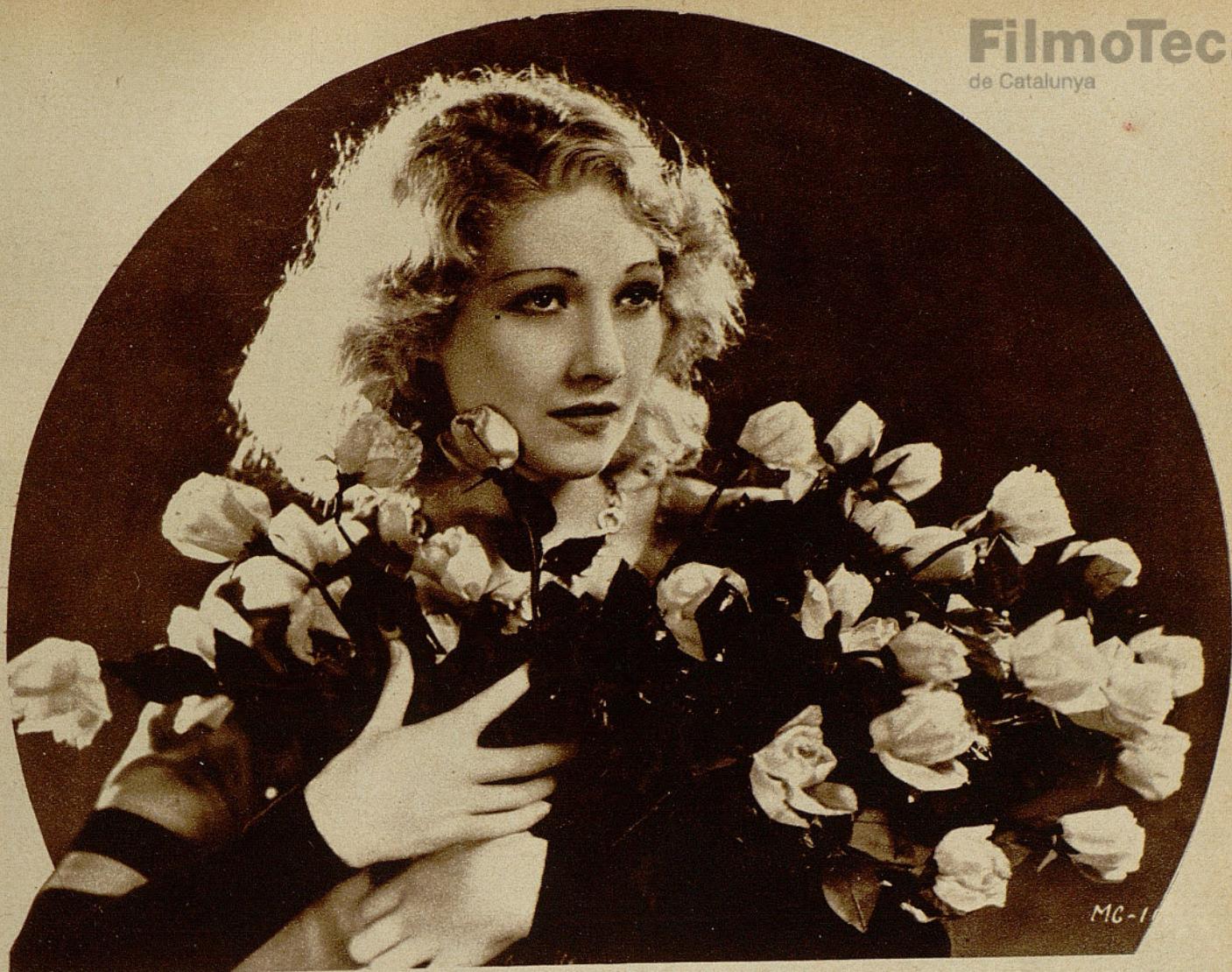
Los comparsas, a las órdenes de Duncan Renaldo, ayudan a transportar los aparatos cinematográficos.



CARAS NUEVAS

SYLVIA SIDNEY

La nueva artista de la Paramount, cuya actuación nos ha sido dado admirar en la película "Calles de la ciudad" de la que es protagonista con Gary Cooper.



MC-1

¡MI PRIMER AMOR?

Confidencias de
EDWINA BOOTH

HAZ en mi vida dos hechos que me será difícil olvidar. Uno es mi reciente ingreso en el cine y la rápida carrera realizada en él. Me parece que fué ayer cuando, procedente de Provo (Utah), mi pueblo natal, llegué a Los Angeles. Era ferviente admiradora de algunas estrellas de la pantalla, pero estaba muy lejos de aspirar a rivalizar con ellas. Fui a Los Angeles para buscar un empleo, como hubiera podido ir a buscarlo a otra ciudad importante cualquiera. Tuve suerte y obtuve un puesto de mecanógrafa en una casa comercial.

Mis modestas ambiciones estaban satisfechas, cuando un día, hallándome en una playa, tendida bajo la caricia adormecedora del sol, vi que un caballero me observaba. Le tomé por un donjuán de balneario — uno de los tipos de donjuán que más abundan — y tuve para él un gesto de entado y de desprecio, cuando vi que se acercaba y me decía respetuosamente:

—Señorita, soy el director de películas E. Mason Hopper. ¿Ha pensado usted alguna vez dedicarse al cine?

La verdad era que no lo había pensado nunca, pero, dándome cuenta de la magnífica oportunidad que se me acababa de ofrecer, le dije que sí. Entonces él me propuso que entrara como «extra» en su compañía, y como el sueldo, aun siendo bastante reducido, superaba al que obtenía trabajando de mecanógrafa, acepté.

Desempeñé pequeños papeles en algunas películas y, de súbito, cuando menos lo esperaba, recibí el «rol» de Nina, en «Trader Horn».

Recibo millares de felicitaciones. Soy ya una estrella de la pantalla. Todo esto me parece un sueño.

El otro hecho se refiere a la pregunta que encabeza estas confidencias y está intimamente relacionado con el que acabo de referir, hasta el punto de que en mi memoria los dos se confunden y me es imposible evocar el uno sin recordar el otro.

Fué en mi viaje de Provo a Los Angeles. Era de noche. El tren cruzaba velozmente los campos desiertos y oscuros.

Yo, demasiado joven para temer al porvenir, iba pasando con el pensamiento un rosario de ilusiones ante el cambio de vida que para mí significaba aquel viaje. El suave traqueteo del tren mecía mis bellos pensamientos. Me sentía en una especie de éxtasis.

De súbito, me sorprendió ver en el asiento de enfrente una persona. ¿De dónde había salido? ¿Cuándo había entrado en el departamento sin que yo la viera? ¿Me habría dormido? Estas preguntas están aún sin respuesta y, seguramente, siempre lo estarán.

El caso es que el compañero de viaje me interesó desde el primer momento. Era un hombre joven y vestido con cierta despreocupación que resultaba en su persona un atractivo más. Sus manos, enlazadas sobre las rodillas, parecían de marfil. Y el marfil imitaba también su ancha frente, coronada por unos cabellos oscuros, de ondulación un poco alborotada. Pero lo que más me llamó la atención fueron sus ojos, un poco tristes y febres, brillantes, iluminados interiormente.

Comprenderéis que todas estas observaciones las hice «sin mirarle», es decir, mirando como las mujeres sabemos «no mirar».

El también me observaba y aprovechó la primera ocasión para romper el mutismo. Hablamos. El no pensaba en dormir. Tampoco yo lo pensé desde entonces. Hablamos largamente de los temas más diversos. Algunos de ellos carecían en absoluto de interés. Sin embargo, los tratábamos incluso con apasionamiento. Cuando él hablaba, yo iba leyendo anticipadamente en sus ojos lo que iba a decir. Aquel hombre sentía tan intensamente, que las emociones pasaban por sus ojos como una mágica pantalla. El se anticipaba a veces a mis réplicas. Sin duda, había aprendido también a leer en mis ojos. Al amanecer, comencé a sentirme dominada por la fatiga. Los ojos de él seguían brillando animadamente, pero, comprendiendo mi cansancio, calló.

De pronto, volví a experimentar una profunda sorpresa. Mi compañero de viaje no estaba en el departamento. ¿Me había

(Continúa en la página 22)

¿VA A HOLLYWOOD MERCEDES SERÓS?...



Mercedes Serós en «El sombrerito corona»

FUÉ en una espléndida mañana dominical de otoño... El airecillo matinal mentolaba mis sienes, dándome la sensación de una suave, deliciosa y amical caricia... Un muchacho pregonaba periódicos en la esquina con voz carrasposa...

Junto al césped de los jardines de una mansión señorial — enclavada en uno de los arrabales más aristocráticos de nuestra populosa y cosmopolita urbe — el chorro de una manguera de riego curvaba su alfanje de cristal, mostrando — a través de los rayos solares — la policromía del arco iris...

Deambulaba yo por la amplia avenida, festoneada de palacetes circundados de rosales trepadores, álamos, palmeras y eucaliptos, que purificaban el ambiente... Seguí sorbiendo la mañana, rozagante y gratamente húmeda... Llegué frente a un coquetón chalet de elegante e impecable factura... y oprimí el botón eléctrico que se destaca al margen de la retorcida verja... Asomó la joyal cabecita de una doncella, nívea y graciosamente coronada de mariposas de cambrai... Ha salido cantando y, al verme, enmudece...

Pregunto por Mercedes Serós y me pasa a un pequeño salón de música, en el cual se advierte el depurado y exquisito gusto de la eximia artista... Una breve espera y aparece ante mí Mercedes Serós, la «vedette» de la canción, deliciosa muñeca, vivaracha y sonriente, de facciones ingenuas, de cabello sedoso, azabachado y partido a lo Gioconda...

En medio del contorno mezquino, Merceditas tenía el porte de diosa necesario para destacar, sin dejar de ser mujer, y la arrogancia precisa en la línea impecable para mostrar suavemente la



Mercedes Serós en el gracioso cuplé «Quiero un hombre».

bella plasticidad de su cuerpo gentil... Parecía una tanagra escapada de Chipre.

La encantadora muñequita, al verme, adivinó la coartada, y yo, después de los amistosos y protocolarios saludos, me dispuse a interrogarla, pues la «cosa» se presentaba como miel sobre hojuelas.

—Desde el momento que usted va a dedicarse al arte del celuloide perforado, es señal que le gusta el cine. ¿No es cierto, Merceditas?

—El cine me encanta cuando el asunto y los artistas que interpretan la película rayan a la misma altura.

—¿Qué diferencia encuentra entre el cine y el teatro?

—El cine, por ser más dinámico y abarcar horizontes más extensos, nos da una mayor impresión de realidad, sin que llegue a emocionarme tan profundamente como el teatro, cuyo arte es más patrimonio del artista que lo cultiva, cuando es un «verdadero» artista.

—¿Qué opina usted del cine hablado?

—Del cine hablado no tengo formación, hasta ahora, muy buena opinión, seguramente porque está todavía lejos de la perfección..., que sin duda alcanzará.

—¿Y del sonoro?

—El cine sonoro ya es otra cosa... Me gusta con deleite una bella canción y una perfecta sincronización musical.

—¿Qué artistas de la pantalla prefiere?

—Hag en la cinematografía actrices y actores de valía, pero entre todos, los que más me simpatizan —sin hacer comparaciones, pues los géneros que cultivan son distintos— son: Charlie Chaplin, Gary Cooper, Charles Farrell, Maurice Chevalier, Janet Gaynor, Norma Shearer, Clara Bow, Bebe Daniels...

—En qué películas le gustan más dichos artistas?

—A Chaplin, en «La quimera del oro», «El circo» y «Las luces de la ciudad»; a Farrell y Gaynor, en «El séptimo cielo»; a Clara Bow, en «Alas»; a Chevalier en «El desfile del Amor»...

—¿Cree usted que el cine hablado matará el teatro?

—No creo tal... Considero que, aunque afines, son dos artes distintos que vivirán paralelamente los dos, pues no hay arte que pueda morir...

—¿A qué género piensa usted dedicarse cuando actúe en la pantalla?

—Mi predilección es por el género que cultivan Janet Gaynor y Bebe Daniels, con una dirección perfecta y dentro de un ambiente moderno y refinado.

—¿Así abandonará usted el cuplé...?

—¡De ninguna manera!... Si el terreno de la canción estuviera tan lleno de escollos como hay quien se empeña en sostener, ¿cree usted que no me habría apartado de él para emprender nuevos derroteros? El cuplé ha pasado, pero volverá... Como pasaron los tangos, como ha pasado el charlestón... El cuplé lo abarcó todo... Se cantan cuplés en las revistas, en las zarzuelas, en las operetas, en las cintas sonoras... ¿Qué sería de Chevalier sin el cuplé?... ¿Qué sería de Milton? El cuplé se tambalea cuando por esos escenarios se presentan esas señoritas «Perifollos» luciendo un atractivo palmito, con más o menos curvas, protuberancias y movimientos, pero sin nociones de arte ni cosa que se le parezca... ¿Cree usted que una «artista» de semejante raigambre puede ser mantenedora de un género que no comprende?... El cuplé no ha muerto... Lo que ha desaparecido es «el buen gusto» de algunos compositores y el «arte» de muchas «canzonetistas» que se creen que, para serlo, basta con anunciararse en los



carteles con letras de cinco palmos... El día que el cuplé caiga en manos de artistas «verdad», con sentido común —todavía hay unas cuantas—, volverá a escucharse con deleite y se ovacionará...

—¿Tiene usted un género predilecto en el arte del cuplé?

—Los prefiero todos y ninguno... Mi bagaje artístico se llena según exigen las circunstancias... Según el público ante quien voy a actuar, sé cómo debo confeccionar el programa...

—¿Así, pues...?

—Cuando se canta, es preciso saber cómo, por qué y para quién se canta...

Tiene razón Mercedes Serós... Ella ha sabido mantener la supremacía entre las estrellas de la canción, y no es aventurado vaticinar que cuando actúe en los estudios de Hollywood subirá escaleras la cumbre y colocarse, con su arte exquisito, entre el envidiado grupo de las primeras figuras del séptimo arte...

Antes de dar por terminada la «interviú» me atreví a preguntarle a la eximia cantatriz:

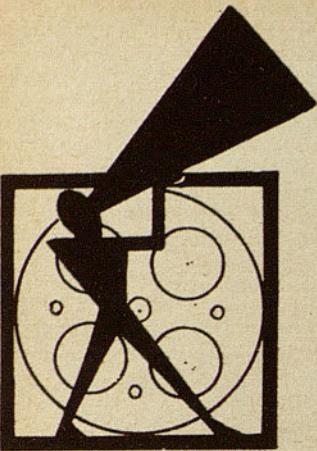
—Y digame: ¿cuándo va usted a marchar a Yanquilandia, a filmar...?

—No se lo puedo decir, pues hay que ultimar algunos pequeños detalles... De todas maneras, yo le suplico que no diga nada todavía en su reseña... Es algo prematuro, y...

Y yo, que soy capaz de complacer y respetar a una dama gentil y bella, «no digo nada» a los dilectos lectores de FILMS SELECTOS, y de esta manera «no se enteran» de que Mercedes Serós va a marchar, en breve, a la populosa Hollywood... a rodar películas.

Manuel Roel

Barcelona Octubre. 1931



NOTICIARIO

* * * * FILMS SELECTOS * *

LEEMOS en la página cinematográfica del importante diario zaragozano «Heraldo de Aragón», las siguientes noticias, que por lo graciosas nos tomamos la libertad de reproducir:

La nueva "vedette", como el nuevo rico. — No obstante todo su gran talento, toda su gran belleza, y todos sus enormes contratos, una vedette muy conocida, cuyo nombre ca-

llamos discretamente, se resiente de su primitiva educación, no muy sólida, a juzgar por lo siguiente, que puede considerarse anécdota, aunque es historia, en el verdadero y propio sentido de la palabra.

Ha contratado un nuevo chauffeur. Le ha leído la cartilla, vulgo: dado instrucciones, a las cuales debe someterse. Al final de las mismas, y como por lo visto piensa salir muchas veces con su sola compañía, le advierte:

«En fin: lo que no toleraré, cosa que no espero, es una falta de corrección; el chauffeur, para mí, debe ser de una corrección «implacable»...». *Carteles cinematográficos "con migas".* — En un cinematógrafo parisien se proyecta un film cómico de primera línea, anterior al parlante. En el cartel que le anuncia puede leerse con letras bien visibles, lo siguiente: «Este film mudo se convierte en sonoro a los cinco minutos de proyección, pues todo el mundo ríe de tal manera, «que no se oye nada»». No puede decirse que un empresario semejante no tiene ingenio.

En otro cinema de dicha ciudad, y también en el cartel que anuncia el espectáculo, tras el dibujo animado y el film principal, y entre las Actualidades, se anuncia «L'enthousiaste réception de Berlin à M. M. Laval et Briand». Y debajo, como crónica sin comentario, quizás con toda intención, se lee: «La semaine prochaine: Rien que la vérité».

¡No deja de tener migas!

LIL Dagover, la magnífica vedette de «Rapsodia Húngara» y «Monte-Cristo», ha embarcado para América. Antes de partir, y a preguntas de periodistas, ha declarado que abandona Europa, por cuatro meses, provisionalmente; que han venido a buscárla desde Hollywood hasta Berlín, donde trabajaba, para filmar una película inglesa con versión alemana, con promesa de prolongación de contrato, en caso de que su suerte le sea favorable; y que habiendo estado ya en California en 1927, época aun del cine mudo, y habiendo visto grandes adelantos, espera encontrar todo transformado y con grandes modificaciones a causa del film parlante, tan en boga y tan perfeccionado hoy día.

PAULINO Uzcudun ha comenzado su entrenamiento ante la pantalla para impresionar próximamente en París una película hablada en la que también tomará parte Catalina Bárcena. El argumento del film lo prepara Gregorio Martínez

He aquí a Arline Judge, una de las recientes adquisiciones de la R.K.O., y Wesley Ruggles, famoso director de las películas de dicha marca, que acaban de contraer matrimonio.

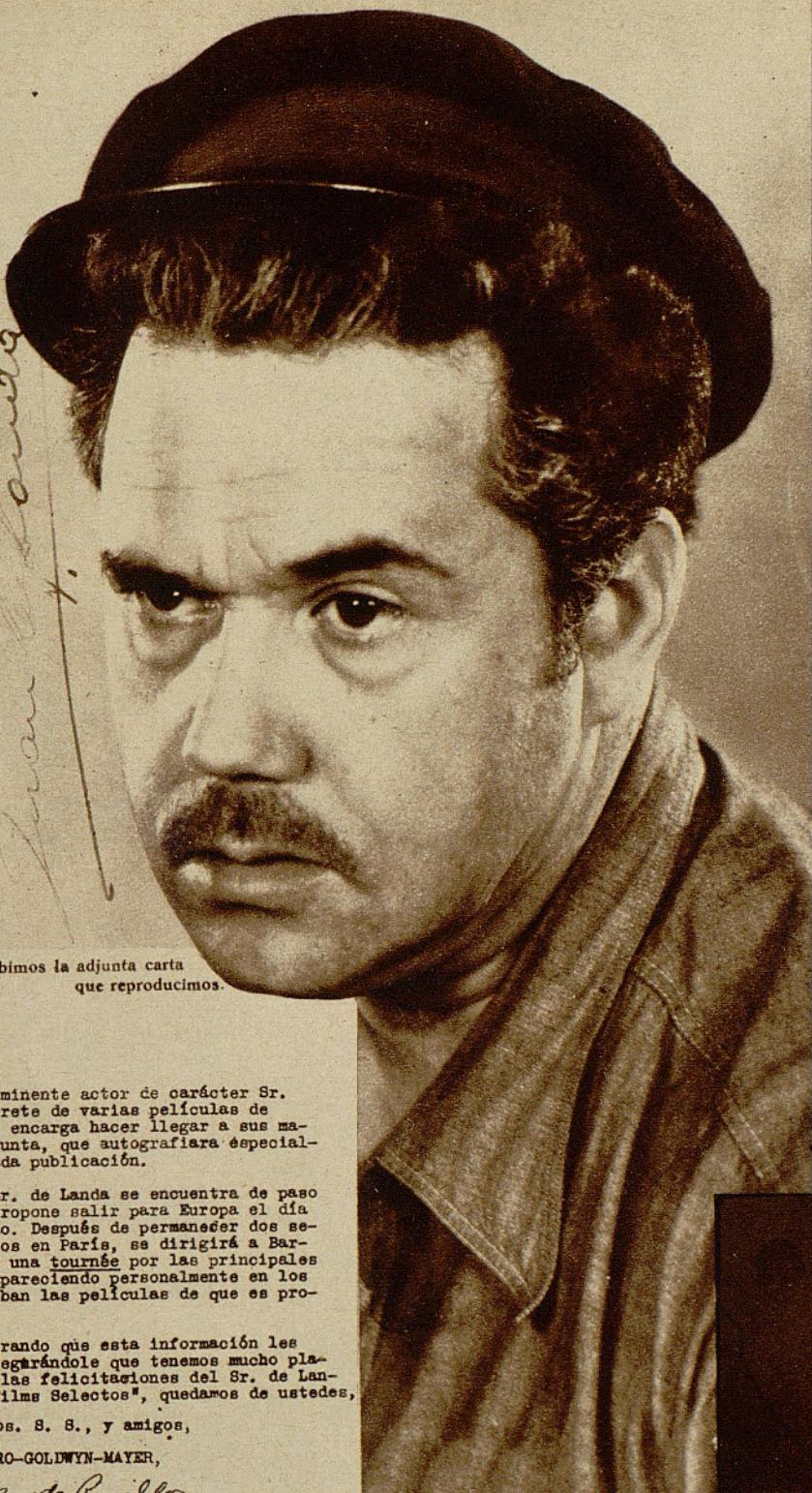


Lois Moran, la joven actriz que se hizo famosa en su interpretación de la dulce e inocente «Stella Dallas», de inolvidable memoria, ha entrado a formar parte del elenco de Columbia Pictures, apareciendo en el film que se rueda actualmente en sus estudios bajo el título de «Men in her Life».

Con gran actividad se ensayan en el «set» de la «R. K. O.» las escenas de la superproducción «Marchita», que tendrá, como intérpretes principales, a Irene Dunne, Richard Dix y Laurence Olivier, además de millares de «extras». El asunto musical de «Marchita» se basa en la popularísima canción del mismo nombre, obra del compositor-director Victor Schertzinger, que en forma impresa alcanzó una venta descomunal de cuatro millones de ejemplares. Louis Stevens es el autor original del argumento, y don Marquis adaptó el diálogo a la pantalla. Se calcula que el costo de «Marchita» no bajará de una millonada, con probabilidades de que sobrepase esta suma, como sucedió con «Cimarrón», cuyo presupuesto era de uno, pero que al saldar cuentas resultó haber costado dos millones de dólares.

La caricatura animada creada por el genio de Charles Mints y conocida universalmente con el nombre de «El gato loco», acaba de ser objeto de elevada distinción al ser elegida para las demostraciones de la televisión que tendrán lugar en la Feria Anual de la Radio Electrical Works.

José Alcántara, galán del film titulado «Niebla», que dirige Benito Perojo, en los estudios de Billancourt.



Con esta fotografía recibimos la adjunta carta que reproducimos.

Films Selectos,
Diputación 219,
Barcelona, España.

Muy señores nuestros:

El eminent actor de carácter Sr. Juan de Landa, intérprete de varias películas de nuestra compañía, nos encarga hacer llegar a sus manos la fotografía adjunta, que autografiara especialmente para su estimada publicación.

El Sr. de Landa se encuentra de paso en Nueva York, y se propone salir para Europa el día 5 de noviembre próximo. Después de permanecer dos semanas poco más o menos en París, se dirigirá a Barcelona, empezando así una tournée por las principales ciudades españolas, apareciendo personalmente en los teatros donde se exhiban las películas de que es protagonista.

Esperando que esta información les sea de utilidad, y asegurándole que tenemos mucho placer en transmitirles las felicitaciones del Sr. de Landa por el éxito de «Films Selectos», quedamos de ustedes,

Atto. S. S., y amigos,
por METRO-GOLDWYN-MAYER,

C. de Barcellos

Sierra. Actuará como empresa la «Paramount» por mediación de sus representantes en París. En el mes de enero comenzará la filmación de la película.

George Fitzmaurice ha reunido una de las más brillantes compañías para la realización de un film hablado, que es ya objeto de muchos comentarios, y del cual será intérprete Greta Garbo. Su título, «Mata Hari», explica la significación del drama, basado en la vida de una de las más famosas espías de la última guerra. A juzgar por lo que dicen los periódicos norteamericanos, este film, en cuya preparación se ha invertido mucho

tiempo, será una respuesta categórica a las críticas adversas publicadas con ocasión de las últimas películas de Greta.

Ramón Novarro será el «partner» de Greta en el tipo de un oficial ruso. Lionel Barrymore, que acaba de obtener un gran éxito en su interpretación de «Un alma libre», trabaja también en «Mata Hari». Otro de los actores es Lewis Stone, sin el cual no ha hecho ningún film completo Greta Garbo.

Se dice que un investigador de Wellington ha hallado un procedimiento para filmar películas en colores a un costo relativamente moderado.



LILIAN HARVEY

Y

HENRY GARAT

la deliciosa pareja de
"El favorito de la guardia"

en la brillante opereta en francés

EL TRÍO DE LA BENCINA

UN FILM

PARA los que son jóvenes

PARA los que se conservan jóvenes

PARA los que quieren volver a ser
jóvenes

CONCESIÓN ESPAÑOLA:

BARCELONA: Balmes, 79 MADRID: Antonio Maura, 16



OPINAMOS QUE

Un reportaje sensacional, película «Paramount», interpretada por George Bancroft, Kay Francis y Clive Brook. Estrenada en el Coliseum.

Esta vez hemos sido nosotros, los periodistas, los que hemos tenido que pagar al cinematógrafo el tributo espectacular que de unos y otros solicita para ir delineando su magnífico poema universal.

Hemos dejado, por eso, un momento, el ambiente casi familiar de nuestra redacción, y nos hemos encontrado de nuevo, al simple conjuro de la obscuridad, en el ambiente mismo de otra redacción, muy a lo yanqui, incesantemente agitada en busca de la información, de la nota sensacional del día.

Ahí tenemos a Bancroft — hombre fuerte de cuerpo y espíritu — encarnando el tipo del periodista enamorado de su profesión, dispuesto siempre a dar en la primera página de su diario la nota culminante que apasione o commueva al público lector. Tan dispuesto a ello, que nunca le ofrece duda la alternativa entre la noticia y el acto de generosidad: para él, por encima de todos los sentimientos de humanidad y justicia, está siempre la obligación de dar al público la noticia que le interesa.

Hasta que — como es de suponer en casos así — llega un momento en que ese delirio por la noticia sensacional le obliga a ser inflexible consigo mismo, al descubrir que su esposa, ídolo supremo de su vida de periodismo, le ultraja tristemente teniendo amores con otro.

Como periodista, interroga a la esposa infiel para completar la información; como hombre, se ve arrastrado a vengarse contra el hombre rival, y, como director, manda publicarlo todo en la primera página del diario para que el público no deje de tener la noticia del escándalo del día.

La película es sugestiva por demás y ofrece momentos de intensa emoción. Pero, considerándola en la significación universal del periodismo, también nos ha sugerido, al fin, una pregunta que entraña todo un problema de conciencia para nosotros, los periodistas. La inflexibilidad profesional de ese periodista que encarna Bancroft, ¿es realmente necesaria y ha de servirnos de ejemplo, en lo que tiene de común con todos los periodistas del mundo? ¿Es preciso sobreponerse a todos los sentimientos de amistad, de compasión, de generosidad, de conciencia, sólo por dar al público unas noticias que, en los más de los casos, ninguna utilidad moral ni material le reportan al lector, si no es la de satisfacer la simple curiosidad?

Si, pues, a raíz de la proyección de «Un reportaje sensacional», estuviese en nuestras manos organizar un plebiscito, en seguida lo haríamos para que el público mismo nos dijese si realmente acepta en todo su alcance la inflexibilidad que mantiene a todo trance ese periodista para satisfacer la curiosidad pública.

Entonces, ante la inapelable decisión del público — única parte, al fin y al cabo, interesada en el reportaje —, nos

decidiríamos a calificar el «caso» de la película que acabamos de ver. Si el caso fuese de la aprobación del público, axaltariamos, como se merece, el recto proceder de ese periodista yanqui, o, si no lo fuese, aprovecharíamos gustosos la lección, por si alguna vez, en lo azaoso de nuestro trabajo, nuestra conciencia de humanos intentase sobreponérse a la compleja misión de periodistas informadores.

L. C. R.

¿MI PRIMER AMOR?

(Continuación de la página 17)

dormido? Tenía casi la certeza de que no. El caso es que «él» no estaba. No me había dicho cómo se llamaba ni quién era. Y todo esto, unido al estado anormal en que me hallaba después de una noche de vigilia y de emociones, me producía una vaga sensación de misterio.

Aquella mirada, en los días que siguieron, constituyó para mí una verdadera obsesión. No había amado nunca. ¿Habré de decir que llegó a sentirme verdaderamente enamorada?

Hoy, las nuevas emociones que se han ido acumulando en mi vida, han borrado aquéllas que durante días y días me obsesionaron.

Pero no por eso se ha borrado de mí mente el recuerdo de aquellos ojos, de aquellas manos, de aquella voz acariciante...

Y, acaso por eso, no he vuelto a amar. Actualmente, mis únicas pasiones son las flores y mi arte.

WARNER BROS PICTURES

PRESENTA

La Fiera del Mar

por

JOHN BARRYMORE

y

JOAN BENNET

Nueva edición sonora de
LLOYD BACON

SE ESTRENA EN
CINE UROQUINAONA

PROGRAMA ALMIRA



TINTURA MARTHAND

DE POSITIVOS Y RAPIDOS RESULTADOS



Tiñe las CANAS

con una sola aplicación, dejando el pelo con el más hermoso negro natural. No contiene sales de plata, cobre ni plomo.

Caja pequeña . 4 ptas.
Caja grande . 6 »

DE VENTA EN PERFUMERIAS Y DROGUERIAS

ENTRE BASTIDORES...

(Continuación de la página 7)
pañan los bailes con una canción compuesta ex profeso para este film.

El «set» está incendiado por los potentes reflectores, y el jardín está lleno de sol..., sobre las cabezas doradas o brunas de las bailarinas caen algunas hojas de los árboles y de vez en cuando el trinar suavísimo de un pajarillo, convenientemente oculto, se mezcla con las notas cadenciosas que ejecuta Roy Mack...

Hemos tomado asiento, quietamente, en un paraje propicio para observarlo todo.

A cierta distancia del «set», en un cuarto montado sobre ruedas y por ende suspendido sobre nuestras cabezas, está el ingeniero experto en los sonidos. En lenguaje cínesco se llama «mezclador». Las paredes laterales de este pequeño cuarto son de cristal, completamente a prueba de sonido, salvo aquellos que penetran por medio de los micrófonos suspendidos sobre la escena.

El experto tiene delante de sí un cuadro con numerosos registros que controlan las resistencias, por medio de los cuales modera a voluntad las diversas voces y sonidos: cantos de pájaros, pasos humanos, risas, gruñidos de animales.

De manera que este ingeniero, aparte de ser un gran técnico, necesita ser un artista. Los efectos finales, esto es, lo que apreciará el espectador desde su luneta, son debidos a su buen gusto y discreción.

A parte del personal artístico está el técnico: el director tiene su ayudante. El fotógrafo principal se llena las pupilas con el conjunto de la escena, aplicando continuamente el ojo experto al lente para subsanar los defectos que magnifica el cristal, mientras dos empleados manejan el manubrio.

Luego vienen las muchachas del libreto y diálogo, el encargado del maquillaje; total cientos de empleados que se mueven de un lado para el otro, en tareas definidas y necesarias, para completar la filmación de una cinta de cortometraje.

En el sótano del estudio está el restaurante; para no perder tiempo cambiando de indumentaria, los empleados que tienen solamente una hora para el lunch, toman su ágape de mediodía...

Hemos permanecido una hora sin movernos, fascinados viendo tomar la misma escena una y veinte veces; viendo las luces apagarse y encenderse; los gritos y el ruido ensordecedor suceder a

los silencios sepulcrales. Hasta que, por fin, Roy Mack queda satisfecho con aquella escena primaveral y ordena a las muchachas que vayan a cambiarse de traje; inmediatamente se vuelve y agrega en voz baja a uno de sus ayudantes: «Que preparen la escena del otoño...»

Y como soldados disciplinados, vuelven los empleados a cambiar el «set», quedando en pocos momentos con el aspecto desolado de un día gris y triste de octubre.

En carretillas han traído hojas amarillentas y hortensias con flores marchitas..., a los reflectores les han colocado un cristal por el cual la luz se tamiza convenientemente y el «set» vuelve a quedar bañado por rayos de sol que anuncian la proximidad del invierno.

Luego, en los laboratorios, las estaciones se colocarán por orden y tendremos enfrente un pedazo de la vida positivamente real.

Mientras esperamos que vuelvan las nintas y que la pareja James-Brown, comediante que han alcanzado grandes triunfos en la Vía Blanca, regresen vestidos «propriamente», el señor Selzer, uno de los jefes del departamento de Publicidad nos hace la cortesía de presentarnos a Sam Max, director general de la producción en los estudios del viejo «Vitaphone».

Sax es un individuo rubicundo, con hirsuta barba huérfana de navaja desde dos días, frente espaciosa que termina en el cogote y una corona de cabellos tan raquítica como los jardincitos que hemos admirado en nuestra peregrinación hasta Brooklyn... A través de los lentes, los ojos del judío brillan con inteligencia...

Nos explica cada detalle del «set». Hace dos semanas se comenzó este film. Al terminarse habrá costado sobre veinticinco a veintiocho mil dólares. No se ha usado un solo extra en él. Cada ar-

Próxima a terminarse la publicación de la novela vívida

LOS AMORES DE RODOLFO VALENTINO

prepara ya FILMS SELECTOS, para publicar desde el número del 5 de diciembre, el nuevo folletín

PAPAITO PIERNAS LARGAS

novela original de Jean Webster que, por su gracia e interés, ha sido llevada a la pantalla por la casa Fox, con la interpretación de Janet Gaynor y Warner Baxter. El folletín se ilustrará con los dibujos hechos ex profeso para la novela y las fotografías más interesantes del film.

Coleccione usted "Ediciones BIBLIOTECA FILMS"

de Catalunya

96 PÁGINAS
DE TEXTO

UNA peseta

SOLICITAMOS CO-
RRESPONSALES

PIDA EL CATÁLOGO, QUE SE REMITE GRATIS

PEDIDOS A

Biblioteca Films - Apartado 707 - Barcelona

Remitid el importe en sellos de correo, añadiendo cinco céntimos para el certificado.

OBRAS NUEVAS

Un caballero de frac, creación de Roberto Rey.

El comediante, protagonista E. Vilches.

Luces de Buenos Aires, por el simpático Gardel.

Lo mejor es reír, filigrana de Imperio Argentino.

Náufragos del amor, por la bellísima Jeannette Mac Donald.

tista que aparece en «Footlights» — que es el título de este film corto — pertenece a los teatros de Broadway; de modo que los sueldos todos corresponden a la categoría de los actores. Y su proyección en las pantallas de todo el mundo, durará exactamente diez y ocho minutos...

¿No parece algo fabuloso? Y es, no obstante, la más perfecta de las verdades. Todo esto, artistas, personal, diversos elementos, multiplicados, forman un film de largo metraje. El cuidado que se pone en el sujeto corto es tan grande, empero, como si se tratara de diez rollos.

Y mientras directores y marionetas trabajan arduamente en la filmación de una obra, los departamentos de literatura y escenarios se ocupan de buscar cosas nuevas y originales para llevar a la pantalla: hay que producir continuamente para satisfacer la voracidad exigente del mercado...

HEMOS visto filmar dos estaciones en un día. Hemos visto desenvolverse la trama de «Footlights», frente al lente fotográfico. Hemos asistido a los retoques constantes de esas muchachas que necesitan trabajar duramente antes de lanzarse a bailar para el deleite espiritual de millones de seres diseminados por todo el globo terráqueo. Y a las cinco de la tarde, cansadas, agotadas, ansiosas por llegar a sus hogares y arrancarse de los rostros la máscara espesa del maquillaje, las bailarinas de Albertina Rash se dispersan como palomas asustadas.

Por entre el laberinto de andamiajes, cables y anacondas dormidas, se precipitan obreros y artistas... Todos quieren alejarse rápidamente del «set»...

Nosotros volvemos a tomar nuestro camino a Nueva York. Los edificios surgen ahora de la niebla gris, semejando fantásticas antorchas, y los ruidos de la gran urbe, las masas que se apretajan, repelen, amontonan, y el estrépito de los carros y tranvías imprime a todo un sello de locura, de vértigo...

ESPECTADOR que te sientas tranquilamente en la penumbra de una sala de exhibición, a gozar dos horas de programa, ¿no te parece maravilla que por cincuenta centavos tengas la oportunidad de aplaudir a un grupo de muchachas que son famosas en los principales teatros de Broadway, a tantas millas de distancia y a través de la inmensa mole de aguas del Océano?

MARY M. SPAULDING
New York, 1931

tiene derecho a permanecer indiferente.

Y para reforzar definitivamente ese espectáculo de una neurosis colectiva, la política desencadenando sus pasiones alrededor del féretro.

Una noche, cuatro hombres de rostro severo vienen a instalarse en las cuatro esquinas del ataúd para formar una guardia de honor que asumirán junto con otros pelotones que vendrán a relevarlos. Aquellos cuatro centinelas llevan la camisa negra y las insignias del Fascio. Ejecutan una consigna del «Duce» y han colocado sobre el féretro una inmensa corona de laurel adornada con una cinta en la que está bordada la insignia fascista y este nombre: Benito Mussolini.

Al día siguiente los periódicos reproducen un mensaje del dictador italiano:

«Rodolfo Valentino ha contribuido a consolidar la tradicional amistad de los Estados Unidos y de Italia, mejor que todos los embajadores y diplomáticos enviados por Italia a ese país...»

Al día siguiente, veinticinco fascistas, con su bandera desplegada, vienen a honrar los restos de Rodolfo con el saludo fascista. Y, como podía suponerse, la Alianza antifascista de América del Norte lanza un manifiesto de protesta. Disputa la memoria de Valentino a los partidarios del Duce; se entablan controversias, tienen lugar peleas. La policía se ve obligada a constituir una guardia de corps a la guardia fascista...

Y tantos excesos provocan movimientos de opinión hostiles a Valentino. Ante el Campbell resuenan

carcajadas, mientras en el interior del edificio siguen desfilando las mujeres y repitiéndose los desmayos.

Toda la astucia de la Eva eterna se pone en juego para poder llegar hasta el ataúd; se utilizan todos los pretextos. «Le conocía... Conocía a su segunda esposa... Traigo unas flores... ¡Era un Caíd tan admirable!... Los *policemen* y las telefonistas oírían estas frases millares de veces... Una docena de emigrantes italianos descubrirán de pronto que son compatriotas de Rodolfo Gugliemi, nacidos en Castellaneta lo mismo que él...

Y siempre una muchedumbre igual, iguales tumultos durante horas enteras, mientras la puerta abierta del *building* deja pasar la ola de los curiosos... de los enfermos. ¿El paroxismo de esa neurosis? Indudablemente hay que resignarse a verlo en el gesto de las mujeres que, para proteger de las cargas de caballería la avalancha que se precipitaba hacia el *building*, llegaron a enjabonar el pavimento del Broadway.

...¡Enjabonar el pavimento!...
¡Oh, América!

Y mientras se desarrollaba ese extraño espectáculo, ese fabuloso y funambulesco espectáculo que parecía imaginado por algún cerebro delirante, frente al *Campbell-building*, desde las ventanas de su despacho, el señor Jack Bustanoby, propietario ahora del hotel María Antonieta, podía reflexionar a su gusto acerca del prodigioso destino del *signor* Rodolfo Gugliemi, el pequeño emigrante menesteroso a quien, no hacía mucho tiempo, consentía en dejar bailar en su restaurante de la calle 39º, a cambio del precio de una comida.

sado mañana, quedaría de tanta propaganda alrededor de unas imágenes... Más allá, un escritor buscaba lo que la vida colectiva debería a Valentino y encontraba...

Encontraba un inmenso bien, pero un bien cuya amplitud sólo podía ser apreciada en los países entregados como presa consentida al más áspero materialismo.

Atento hasta la obsesión a los menores incidentes de la enfermedad de Rodolfo e inclinándose sobre la tumba, abierta apenas, con igual curiosidad frenética que ponía en conocer el eco de sus aventuras, cuán parecido se muestra el pueblo americano a Babbitt el ciudadano de Middle-West, el dueño de los grandes campos de trigo que retrata Sinclair Lewis en una de sus novelas!

Perdido entre un océano de espinas o trabajando penosamente todos los días en una fábrica jadeante de actividad, prisionero en el cepo severo, brutal, que le crea la vida americana, hombre máquina, hombre herramienta, hombre número, hombre dólar, Babbitt posee, oculto tal vez, pero vivo, un corazón. Un corazón y una fantasía y la afición a lo novela que no es sólo la afición a la aventura. En los *buildings*, en las fábricas, en las *streets* sin encanto alguno que vibran con sacudidas mecánicas, llenas de ruidos de *claxons*, de chirridos de ruedas, en el país del dólar, en fin, la existencia está horriblemente materializada. Y sin embargo, el hombre sigue siendo allí lo que es en otros sitios, lo que ha sido siempre. Un pobre ser físico que necesita el sentimiento como necesita el pan...

Babbit, ciudadano americano, súbdito del rey *business*, descubre de pronto en sí al hombre verdadero; ve representar la más tradicional, la más banalmente romántica de las

obras de Goldsmith, *El Vicario de Wakefield*, y se siente preso, dominado; vibra enterneCIDO como una modistilla...

Trabaja con la regularidad de un mecanismo de precisión, aprieta los puños, frunce el ceño, crispa la mandíbula en la rudeza de la lucha por la vida; y luego, por la noche, va a encerrarse en la oscuridad de un cine. Y ve desarrollarse las aventuras más inverosímiles, las más infantiles... Contempla a Mae Murray, a Mary Pickford, a Douglas... a Rodolfo... Y se siente dominado por embriagadora emoción ante aquel joven que ama, que sólo se preocupa de buscar bellos ademanes, gestos armoniosos, audacias imaginarias...

Babbit queda conquistado y su mujer, su hija, su hermana, embriagadas... Rodolfo es el Caíd magnífico y querido. Rodolfo ayuda a olvidar a todas esas pobres presas de la fealdad, de la mediocridad del trabajo cotidiano.

Rodolfo es la venganza de lo novelesco contra lo real, es la venganza del romanticismo, desdoblado por el hombre de negocios, sobre el materialismo que agota, opprime y tritura «al hombre de la calle».

Rodolfo demuestra la incontestable, la fatal necesidad de la novela a través de la vida agitada.

Y — ¡oh, prodigo! — precisamente es en América donde, por sorprendente contraste, se abandonará la muchedumbre a esa neurosis colectiva, a todas las manifestaciones sin tasa de una curiosidad casi sádica, como si el Destino quisiera vengar a la vieja Europa, a la Europa hastiada de la civilización, muy comedida y muy escéptica, a la Europa pequeña y mezquina, tal vez, pero donde el hombre está preservado de esos frenesíes enfermizos, por la mediocridad misma de su vida rutinaria.

CAPÍTULO XXI
LA MULTITUD LOCA

¡QUE sorprendente clamor el que acogió la noticia de la muerte del Caíd! «Otros han destrozado algunos corazones: él los destrozó a millares.» «El príncipe encantador de la pantalla ha muerto.» «Nadie podrá reemplazarle.» «Ejercía un influjo magnético.» «Era la creación de un sueño...»

«Acaso soñamos al leer esos títulos en los periódicos del otro lado del Océano?...»

Si llega a ser legendario, confesemos que Rodolfo lo deberá a esa pasión de la información exagerada que domina a la prensa americana. La prensa se encargará de revelar a la muchedumbre hasta los menores detalles.

Los detalles del testamento: Juana Acker desheredada, Natacha Rambova heredera... de un dólar; la fortuna que deja Rodolfo pasando a su hermano Alberto, a su hermana María y a Teresa Werner, tía de Winifred-Natacha.

«Se sabrá todo! El importe de los seguros de vida contratados a su nombre: cuatrocientos o quinientos mil dólares que corresponderán a Los Artistas Unidos. Se sabrá también que Rodolfo, que últimamente lamentaba no haber conquistado todavía en los países latinos igual supremacía que en América, ha solicitado que se sigan reeditando, sacando copias de sus films y que se «pasen», a fin de que quede algo de él y su recuerdo siga vivo. Todo el mundo sabrá que, por exceso de prodigalidad, Rodolfo sólo deja disponibles, además de sus fincas y sus objetos de arte, setecientos mil dólares y que, a pesar de sus fabulosas ganancias, ha pedido prestados ciento cincuenta mil dólares a monsieur Schenck.

Se sabrán también — también y sobre todo — hechos imaginarios.

Se habrá enfriado apenas su cuerpo, cuando algunos periódicos afirmarán que ha muerto víctima de un tiro de revólver que le disparó una mujer celosa.

Apenas habrá exhalado el último aliento de vida, la multitud querrá conocer el lugar y el día del funeral y si podrá desfilar ante el cuerpo. Y al saberse que el funeral no se celebrará hasta que llegue el hermano de Valentino y que entretanto el cadáver del Caíd permanecerá expuesto, entonces...

Entonces se desencadenará una especie de locura.

Ante el edificio del «Campbell», donde habrá sido colocado el cuerpo de Rudy en un gran salón — el «Salón de Oro» convertido en capilla ardiente, — será necesario organizar un servicio de orden. Porque durante varios días, bajo el sol ardiente o bajo la lluvia implacable, una enorme multitud se apretujará, estrujándose. En Broadway quedará interrumpida la circulación y será necesario organizar una vigilancia severa alrededor del building Campbell.

El primer día en que estará expuesto el cadáver, quince mil personas querrán ver a «Rudy» por última vez... Se producirá una gran confusión... La curiosidad intrépida hará feroces a las mujeres y los policías conocerán la caricia de sus uñas. Por el contrario, gran número de ellas se desmayarán; será preciso instalar una ambulancia provisional en las cercanías del Campbell; numerosas enfermeras atenderán a los heridos.

Desde las cuatro de la tarde hasta media noche, una fila interminable subirá constantemente los cuatro pisos del Campbell... Con paciencia entrecortada de vez en cuando por sobresaltos violentos, como descar-

gas eléctricas, la muchedumbre aguardará el momento de cruzar la puerta del building y penetrar en el oscuro zaguán.

En el Salón de Oro, el catafalco; y encima de él un ataúd de plata cubierto con un cristal que permite ver la cabeza pálida y morena de Rodolfo. A prudencial distancia desfilan los visitantes.

A pesar de las precauciones tomadas, los amigos de Valentino tiemblan de miedo: todo puede temerse del fanatismo de los coleccionistas de recuerdos. En la sala no se deja objeto alguno...

Al principio no se produce el menor incidente... Pero he aquí que en el exterior estalla una tormenta. Bajo el repentino aguacero, una ola de locura agita la fila humana. Se produce un motín. La policía es atropellada; se solicita la ayuda de la policía montada y una carga de caballería restablece el orden. Pero ¡a qué precio! Mujeres pisoteadas, arrastradas por el barro, rostros magullados, trajes destrozados... Entre el tumulto, gritos; gritos de cólera y de dolor, el ruido del choque de los cascos de los caballos sobre el suelo resbaladizo, estrépito de cristales rotos; bajo la presión de la muchedumbre, las puertas vidrieras del Campbell se han roto. Una lluvia de cristales se esparce sobre la masa humana, hiriendo a algunos curiosos y cayendo sobre la acera con ligero ruido. Dos mujeres han sido precipitadas a través de los cristales rotos. Un fotógrafo es derribado y destrozado su aparato...

Una hora después, la multitud ha recobrado su tranquila actitud. Entran cinco mil personas por hora en el vestíbulo del Campbell. Los estadísticos precisarán el número de visitantes, minuto por minuto...

Se conoce ya el balance del tumulto. Trece heridos graves y una infinidad de heridos leves; casi todos, mujeres. Pero ¿qué importa? Una de ellas resumirá el sentimiento general al declarar a un periodista:

— Sólo le conocía de verle en la pantalla, pero le amaba. Hubiera

permanecido de pie la noche entera sólo por verle.—

Al terminar la tarde primera, cuando las oficinas y las fábricas sueltan la ola de sus trabajadores, una multitud de quince mil individuos, en filas de a ocho, se alinearán en Broadway... Y se producirán tres nuevos tumultos a los que pondrán fin otras tantas cargas de caballería... Esta vez la fachada del building no sufrirá el menor daño: la protege una empalizada de madera levantada a toda prisa...

En esta multitud no hay actores, no hay estrellas. Es la muchedumbre inmensa, brutal, anónima.

Y así desfilará la población de una ciudad durante horas, durante días... Treinta, cuarenta mil personas diarias.

Lo mismo que durante la enfermedad de Rodolfo llegaban a la Policlínica los regalos más heterogéneos — desde las golosinas hasta las reliquias religiosas, — una avalancha de flores cae ahora sobre el Campbell. Trescientos cincuenta ramilletes, desde el más humilde ramo a las más suntuosas canastillas, y hasta una sábana de rosas que cubrirá el féretro por entero: ¡dos mil dólares de rosas!

Y lo mismo durante una semana...

Los telegramas anuncian alternativamente que el hermano del star ha embarcado en el *Homer* y que Pola Negri abandona Hollywood después de haber ido a llorar en la no concluida *bungalow* donde, en el próximo enero, al regreso de un viaje por Francia, debía instalarse con Rodolfo.

Cada día se reproducen los mismos hechos: el desfile de miles de individuos, los tumultos, los heridos a cientos, la policía obligada a doblar su servicio de vigilancia, el ataúd encerrado todas las noches en un aposento custodiado...

Entre la muchedumbre, cien, mil jóvenes vestidos «a lo Caíd», tocados «a lo Caíd».

Nueva York está dividido en dos bandos: con o contra el Caíd; nadie

ALBUM DE
FILM SELECTAS

Filmoteca
de Catalunya



NOAH BEERY



CATALINA BÁRCENA